

# LA TIENDA DE POCIONES

Francisco Gileta



UNIVERSIDAD DE COLIMA

# LA TIENDA DE POCIONES

**MAR DE FUEGO**

UNIVERSIDAD DE COLIMA

Dr. Christian Jorge Torres Ortiz Zermeño, Rector

Mtro. Joel Nino Jr., Secretario General

Mtro. Jorge Martínez Durán, Coordinador General de Comunicación Social

Mtro. Adolfo Álvarez González, Director General de Publicaciones

Mtra. Leticia Bermúdez Aceves, Directora Editorial

# LA TIENDA DE POCIONES

Francisco Gileta



UNIVERSIDAD DE COLIMA

© UNIVERSIDAD DE COLIMA, 2025  
Avenida Universidad 333  
C.P. 28040, Colima, Colima, México  
Dirección General de Publicaciones  
Teléfonos: 312 316 1081 y 312 316 1000, extensión: 35004  
Correo electrónico: publicaciones@ucol.mx

www.ucol.mx

Derechos reservados conforme a la ley  
Publicado en México / *Published in Mexico*

ISBN electrónico: 978-607-8984-78-7  
DOI: 10.53897/LI.2025.0013.UCOL  
5E.1.1/317000/096/2024 Edición de publicación no periódica



Este libro está bajo la licencia de Creative Commons, Atribución – NoComercial - CompartirIgual 4.0 Internacional (CC BY-NC-SA 4.0)

Usted es libre de: Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato. Adaptar: remezclar, transformar y construir a partir del material bajo los siguientes términos: Atribución: Usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante. NoComercial: Usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales. CompartirIgual: Si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original.

This work is licensed under a Creative Commons Attribution-NonCommercial-ShareAlike 4.0 International License.

You are free to: Share: copy and redistribute the material in any medium or format. Adapt: remix, transform, and build upon the material under the following terms: Attribution: You must give appropriate credit, provide a link to the license, and indicate if changes were made. You may do so in any reasonable manner, but not in any way that suggests the licensor endorses you or your use. NonCommercial: You may not use the material for commercial purposes. ShareAlike: If you remix, transform, or build upon the material, you must distribute your contributions under the same license as the original.

Proceso editorial certificado con normas ISO desde 2005  
Dictaminación doble ciego y edición registradas en el Sistema Editorial Electrónico PRED

Registro: LI-017-24  
Recibido: Julio de 2024  
Publicado: Abril de 2025

Ilustración de portada: *Aquelarre*, 2023. Acuarela y estilógrafo  
Autor: Francisco Gileta

# Índice

---

PRÓLOGO.....	8
Holoturia.....	13
Aquelarre .....	19
Anillo de protección.....	23
Nautilus.....	29
Piraña.....	31
Sarcófago maldito.....	35
Baile de máscaras .....	39
Escrituras antiguas .....	41
Trauma.....	44
Sangre de mártir .....	49
Ángel caído .....	53
Portal dimensional .....	57

El misterio de la repisa.....	63
Neonato.....	63
Balbuceos.....	65
Gólem.....	67
Emet.....	69
Monstruo de tinta.....	71
Terror cósmico.....	77
Bahorrina.....	79
Aqrabuamelu.....	82
Hongo carmesí.....	87
Maraña.....	91
Planta carnívora.....	95

El secreto del convento.....	97
Maniquí.....	97
Monja .....	100
Retrato maldito.....	103
Ave de rapiña .....	106
La campanilla .....	110
Tripofobia .....	110
Quimera .....	113
Trampa.....	116
Limerencia .....	119

# Prólogo

## La tinta y el conjuro: el escritor como alquimista

---

**E**l tiempo, ese marakame de las repeticiones y revelaciones, me ha otorgado un oficio que es, a la vez, un destino: el de editor y poeta. Más de ocho años he conjurado entre manuscritos, palabras ajenas que me han sido confiadas como cartografías del silencio en una geografía de signos, y en este sendero he aprendido a afilar la mirada hasta convertirla en un instrumento de revelación. Sé, porque el azar y la disciplina me lo han enseñado, que hay libros que llegan como presagios, que se presentan ante uno con la misma certeza de los sueños que aún no han sido gestados. He aprendido a reconocer ese instante, esa vibración sutil en el aire cuando un texto se abre ante mí como una constelación predestinada. A veces, lo llamo intuición; otras, instinto. O quizás sea la conjunción de

ambos lo que me permite distinguir cuando un libro no es sólo un manuscrito, sino una llave, una encrucijada, un espejo donde el tiempo se refleja y se pliega sobre sí mismo.

Cuando *La tienda de pociones* llegó a mis manos, no fue sólo una lectura más: fue un *déjà vu*. No uno cualquiera, sino el tipo de presentimiento que Borges habría asociado a un tiempo circular, a una existencia donde los hechos, más que ocurrir, se recuerdan. Era la premonición de que este libro ya había llegado a mí antes de poseerlo, que en algún rincón de la memoria —o de los sueños— ya lo había leído, aunque aún no hubiera germinado. Fue entonces cuando supe que no era el azar lo que lo ponía ante mí, sino la insistencia de un destino que se repite hasta cumplirse.

Durante semanas, su autor, Francisco Gileta Trujillo y yo nos entregamos a la tarea de escuchar el latido de su manuscrito. No se trataba solo de ordenar palabras, sino de afinar la respiración de cada relato, de permitir que emergieran sus voces ocultas. Hasta que comprendimos que no éramos nosotros quienes lo guiamos, sino que era el libro quien nos hablaba en su lenguaje secreto. Como antiguos astrónomos trazando constelaciones en un cielo aún por descifrar, dispusimos los cuentos como cartas de un tarot, dejando que fueran ellas quienes se buscaran y se reconocieran, iluminándose unas a otras. No éramos nosotros quienes le otorgamos un sitio: el libro mismo, en su sabiduría silenciosa, nos murmuraba su arquitectura. Así, en un instante de revelación, comprendimos que la obra había dejado de ser materia inerte. Se había fraguado, con la misma naturalidad con la que el río encuentra su cauce o la noche despliega sus sombras.

La escritura, como la alquimia, tiene sus propios procedimientos secretos. Es, en sí misma, una forma de

hechicería. Es un arte de trascender el oscuro lenguaje de los hombres, de darle fuego a sus palabras en sentido, es una forma de atravesar el tiempo, de capturar lo fugaz y hacerlo presente, de transmutar lo efímero en eternidad. Es el rito más antiguo y olvidado, la repetición de un conjuro en el que la tinta se vuelve materia viva, un espejo en el que el escritor se reconoce por primera vez y, al mismo tiempo, se extravía. Es una herida en viva carne que se nombra a sí misma y, al nombrarse, cicatriza; un relámpago que ilumina fugazmente la oscuridad, sólo para demostrar que lo visible es un espejismo, que todo lenguaje es un intento de domesticar el caos, una arquitectura de signos que busca erigir sentido sobre el abismo. Gileta Trujillo, sin saberlo del todo, hizo de cada página un sortilegio, una destilación precisa de temores y esperanzas, una cartografía de lo invisible. Sus palabras, como fórmulas antiguas, conjuran el dolor y la belleza, la pérdida y el hallazgo, el vacío y la plenitud.

La literatura es, en su esencia más pura, un acto de rescate. Nos salva a nosotros, los que escribimos, y a su vez extiende su mano a aquellos que se aventuran en sus páginas. Gileta Trujillo, al escribir, se salvó a sí mismo; pero en ese acto, sin pretenderlo del todo, también ha tendido un puente hacia los otros. Su libro es un testimonio de que la palabra sigue siendo una de las formas más antiguas —y más poderosas— de resistir, de recordar, de reinventar el mundo.

Hoy, al sostener este libro, comprendo que no ha sido el azar lo que lo ha traído hasta mí. Ha sido el destino, que a veces se oculta tras la trama caprichosa de la casualidad, pero que siempre acaba por revelarse a quien sabe leer y traducir sus signos de lumbre. *La tienda de pociones* de Francisco Gileta Trujillo se vuelve una prueba de que

la literatura es, en sí misma, una forma de alquimia. Y los que sabemos reconocerla, los que la hemos visto surgir de la sombra y la incertidumbre, entendemos que, en última instancia, todo gran libro es un conjuro para el porvenir. Porque escribir es atravesar el fuego y salir intacto, pero transformado.

Félix Alejandro Delgadillo Zepeda  
Poeta, editor y doctor en letras modernas  
Universidad Iberoamericana



# Holoturia

Desde la ventana de mi habitación puedo ver el mar. Calle abajo se encuentra el muelle. No distingo los botes, su presencia es delatada por el brillo titilante de las linternas. Hace más de un mes que los pesqueros zarpan al anochecer, la marea baja y en la oscuridad buscan sorprender a los peces. Al amanecer tocan puerto y pronto se corre la noticia, ha sido en vano otra noche en vela.

Los pescadores se han congregado en la tienda. Dicen que el mar no encuentra la paz, los hace pasar hambre, destruye trampas y rompe redes.

El abuelo los recibe. Escucho la conversación desde el mostrador.

—Tenemos una poción con extracto de holoturia que les ayudará, pero no será barata.

Sin dirigirme la palabra, me indica que la acerque con un gesto de su mano. Acato la orden en silencio.

—Es sencillo, derramen un chorrito en los cuatro cardinales de su zona de pesca, hasta terminar el frasco. Eso bastará.

Sincronizados, rebuscan en sus bolsillos, cuentan monedas y susurran. Uno de ellos rompe el círculo y se acerca para entregarme el total. El abuelo observa mientras empaquo la poción y con pluma y tinta lleno el recibo. Entre letras, echo un vistazo al hombre frente a mí. Las ojeras lo hacen ver mayor de lo que seguramente es. Miro de reojo al abuelo, otro de los pescadores lo entretiene. Doy vuelta al recibo y anoto un encantamiento para llamar a los peces.

—Reciten esto una vez que el mar se haya calmado —le digo al hombre en voz baja.

Acepta el papel, no hace más preguntas y se marcha junto a los demás.

Una vez que la tienda ha quedado vacía, el abuelo me reprende.

—No prosperarás si regalas lo poco que tienes.

Mantengo la cabeza gacha.

—Nos respetan por lo que sabemos. Recuérdalo bien —termina la frase y se da la vuelta, baja por las escaleras hacia su estudio.

Transcurrida una semana, la campanilla de la entrada anuncia el regreso del hombre de las ojeras. Veo su silueta detrás del cristal de colores, mientras empuja la puerta de madera con un brazo. El otro lo mantiene extendido por el peso que cuelga de su mano. Entra con cuidado, para no golpear nada. Le sonrío en el momento que nuestras miradas se encuentran y él responde con un gesto similar. Mientras avanza, distingo aquello que tensa sus músculos. Tres peces unidos por la boca penden de un gancho, salpican el piso con cada paso que da.

—Buen día, joven. ¿Se encuentra el brujo? —Se coloca frente al mostrador.

—Salió a atender un asunto.

Adelanto un poco la cabeza para mirar el charco de agua y sangre que comienza a formarse sobre el piso que recién había lavado.

—¿Hay algo en que pueda ayudarle?, ¿salió todo bien con la poción?

El hombre mira aquello que llamó mi atención, se apresura a levantar el brazo. Sonríe apenado.

—Son para usted.

—¿Los encargó mi abuelo? —respondo sorprendido.

—No, son en agradecimiento. —Eleva ligeramente los peces y con sus ojos guía mi mirada a ellos.

Por un momento no sé qué hacer, busco algo a mi alrededor para ponerlos. Lo único que encuentro es una charola de plata, sobre la cual el abuelo colocó frascos vacíos.

—Hicimos todo tal cual recetó el brujo.

Desocupo la charola tan rápido como puedo. La tomo de sus asas ornamentadas y la llevo frente al pescador.

—Sabes, al principio creímos estarlo haciendo mal.

—Se sonrío y niega con la cabeza al recordar, con la vista puesta sobre los peces que ha comenzado a desenganchar—. Debimos haber preguntado qué tanto de “un chorrito” era suficiente.

Levanta la cara y me entrega el primer pez, aún con una sonrisa. Lo recibo y devuelvo el gesto por amabilidad.

—En cuanto salimos de la tienda, fuimos al mar. Como ya era costumbre, en el paisaje desentonaba el cielo azul, con el agua gris. Las lanchas se tambaleaban con el oleaje encrespado. —Termina de desenganchar el segundo pez—. Paramos frente al muelle y traté de inclinar la botella con cuidado, pero el movimiento de las olas me hizo derramar más de lo que planeaba. Nada pasó, así que continuamos con el norte y el oeste. —Me extiende la mano

para entregarme el último pez—. Rumbo al sur el mar parecía aún más molesto, nos manteníamos remando bajo, con miedo de que las olas volcaran las barcas. Más de una vez sentí al agua mirarme rabiosa y por mi cabeza cruzó la idea de volver, pero volver no cambiaría nada. Cuando por fin llegamos, intenté asomarme por la borda, solo fui capaz de sacar el brazo con la botella. La volteé y dejé que se vaciara por completo. La poción salpicó, como respuesta el mar pareció necesitar tomar aire, se hundió y la succión me tiró de la lancha. Di vueltas dentro del agua, abrí los ojos y vi cómo una ola volcaba a mis compañeros. Cayeron uno a uno. Nadé hacia la superficie y cuando salí, el agua estaba tranquila, tan quieta que parecía imposible. —Sonríe fascinado por sus recuerdos.

—Me alegra que todo haya salido bien. El abuelo es de los mejores brujos del reino, siempre pueden confiar en sus pociones.

—Usted también sabe mucho, estos peces son la prueba. Están frescos, lo puede notar en sus agallas.

Con su mano abre las branquias de uno de los animales para mostrarme.

—Le recomiendo que los cocine hoy, son deliciosos en caldo.

—Tienen muy buena pinta. Le tomaré la palabra.

—Espero que no se haya metido en problemas con el brujo, vi su rostro cuando me entregaste el encantamiento. El papel se dañó con el agua, apenas y pude leerlo una vez. Con eso fue suficiente y de verdad lo agradezco. Con el pescado que salemos mi familia comerá en el tiempo por venir.

—Me da gusto escuchar eso. —Le dedico una sonrisa y un gesto de cabeza.

El pescador se marcha y yo continúo con las labores del día.

Al anochecer el abuelo regresa a casa. Se sienta a la mesa y le sirvo la cena. Elogia el caldo y su sabor, incluso repite plato. Me pregunta dónde he conseguido los peces y yo me limito a contestar que han sido regalo de un cliente.

Antes de acostarme miro por la ventana. Me quedo dormido tan pronto reposo la cabeza. El reflejo de la luna es lo único que brilla sobre el mar.



# Aquelarre

— ¡Hola!, ¿hay alguien que me pueda atender?  
Escuchamos que llaman desde la tienda. Tra-  
go el sorbo del elixir que el abuelo recién me había dado.

—Creí haber puesto el seguro de la puerta. —Trato de  
hacer memoria.

—Sube a atender a la cliente, más tarde terminaremos  
con la lección —me indica el abuelo mientras cierra la bo-  
tella.

Camino arriba, siento un regusto amargo en la gar-  
ganta.

—Buen día. Dígame, ¿en qué la puedo ayudar?

Se trata de una mujer mayor, de cabello cano y gafas  
doradas. Se sorprende al escuchar mi voz, la encuentro hus-  
meando entre los estantes.

—¡Niño, hola! Oye, estoy buscando al dueño de la  
tienda.

—De momento no se encuen... —Se me cierra la larin-  
ge, carraspeo.

En un instante la sensación se transforma, el interior de mi boca se siente aterciopelado.

—Vaya, qué inconveniente. Bueno, no sé si tú me puedes ayudar. Te ves muy chico, ¿trabajas aquí?

—Así es, el dueño de la tienda es mi abuelo, Owl. Yo soy Wren, su aprendiz. Le aseguro que la puedo ayudar en lo que requiera. Ya tengo 17 años, aunque soy algo bajo para mi edad. —Miro al suelo, extrañado. Paso la lengua por mis dientes, saboreo mi saliva y trago. El regusto amargo del elixir ha subido a mi paladar.

—No lo sé, me gustaría hablar con alguien mayor. Quizá tus padres estén por aquí. —Estira el cuello tratando de ver más allá del mostrador.

—Mi madre se encuentra de viaje. Su nombre es Ibis. Al igual que el abuelo, es una bruja estupenda, experta en la creación de pociones. Ella se encarga de atender llamados de todas partes del reino, así que rara vez está por aquí. En cuanto a mi padre, nunca lo conocí, ni siquiera sé su nombre o he visto algún retrato de él. —Trato de contenerme, pero no puedo parar una vez que comienzo a hablar. Me llevo la mano a la boca para obligarme a callar, sudo frío, es inevitable, siento algo dentro de mí, ansioso por salir—. Gracias a mi hermano nunca sentí que me hiciera falta. No sé si sigue vivo, nadie lo menciona y yo prefiero no preguntar. Solo espero que donde sea que esté, se encuentre bien.

Me sostengo apoyando ambas manos sobre el mostrador.

—¿Niño, estás bien? Te ves pálido. ¿Quieres que te ayude con algo? ¿Necesitas que llame a tu hermano?

—Estoy bien. —Exhalo por la boca—. Su nombre es Kite, ya no vive con nosotros. Desde joven se interesó por el combate y la aventura, así que tan pronto cumplió la edad, se enlistó en la academia de guerreros. Al rey siempre le ha

interesado tener sangre mágica entre sus tropas, así que lo aceptaron con bastante facilidad. Desde entonces el abuelo no le habla, dice que es un desperdicio que un brujo prefiera ser un bruto. De vez en cuando vine a visitarme para asegurarse de que me encuentro bien, siempre ha sido muy protector. —Respiro profundo y me muerdo la lengua—. Señora, creo que será mejor que me recueste un rato. Espero no le moleste regresar en otra ocasión.

—No te preocupes, niño, se ve que no la has tenido fácil. Llorar un poco te podría ayudar. —Me acerca un pañuelo por encima del mostrador—. Volveré otro día.

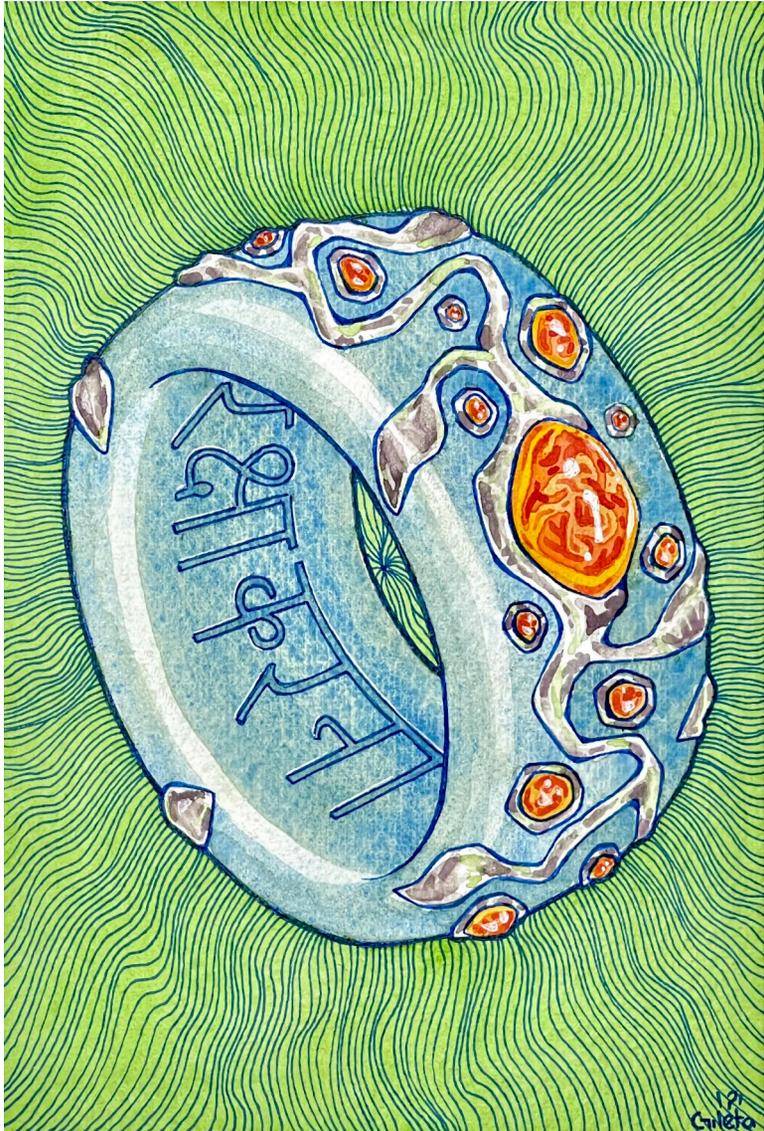
Una vez que la anciana sale por la puerta, escucho una risita proveniente de la escalera. Es el abuelo que entre sus brazos sostiene a Pedro.

—Solamente te faltó mencionar al gato. —Baja a Pedro, que maúlla y camina en mi dirección—. Creo que con eso basta para la lección de hoy.

—¿A qué se refiere? No sé qué me pasó.

—Lo que tomaste era un elixir de la verdad. No estaba planeado, pero ahora ya sabes cuáles son los efectos y estoy seguro que no los olvidarás.

Me mira, con su sonrisa dibujada de oreja a oreja.



# Anillo de protección

Su elegante carruaje se estaciona frente a la tienda, la puerta se abre y el cochero le extiende la mano para ayudarla a bajar. Se sostiene el vestido para no tropezar y sube los tres escalones que conducen a la puerta de madera y cristal. Contiene la respiración, gira la perilla dorada y empuja.

La campanilla anuncia su llegada, y al pasar, el joven detrás del mostrador le da la bienvenida.

El interior no es como lo imaginó, lúgubre y polvoriento, con telarañas en las esquinas, atiborrado e inundado del aroma que tienen las cosas viejas y guardadas. En cambio, un candelabro de cristales cuelga al centro del salón. Dos ventanas con marcos de madera y cortinas traslúcidas, de piso a techo, iluminan todo el espacio. Mientras avanza, sus pisadas producen un leve crujido en el enduelado de madera. Sus ojos pasean de un lado a otro, mirando la mezcla de repisas y vitrinas

que rodean el lugar, llenas de frascos de distintas formas y colores.

Al acercarse al mostrador, percibe un aroma herbáceo y marino. No se decide si le parece desagradable o no. El joven le sonrío y se disculpa, comentando que el olor se debe a la elaboración de una pócima.

La dama saca de su bolso una cajita de madera.

—Mi abuelo tiene poco de haber fallecido, esto es lo único que me dejó. —Pone el contenedor sobre la encimera y lo empuja en dirección al joven—. Entre mis parientes se repartieron todo, no pude reclamar nada por ser la menor, ¿puedes creerlo?

El muchacho toma el joyero, admira su diseño con incrustaciones de concha. Al abrirlo se queda boquiabierto con lo que encuentra en su interior.

—Lo sé, es bastante feo —dice la joven, mientras se distrae viendo los objetos que decoran las paredes—. Me gustaría venderlo. Espero que al menos tenga algo de valor.

—Si me permite, me gustaría consultarlo antes de ofrecerle un precio.

Deja el alhajero sobre el mostrador. Camina hacia la puerta a un costado y baja las escaleras. Desaparece por unos minutos.

Regresa acompañado de un hombre mucho mayor, de cabello salpicado en canas y anteojos plateados. Se presenta como el brujo Owl. Toma la caja y saca el anillo. Lo examina entre sus dedos, lo acerca a su rostro para poder leer la inscripción en su interior.

—Me comenta mi nieto que está interesada en venderlo. Dígame, ¿se lo ha puesto?

—No. Apenas lo vi supe que no era mi color, no combina con ninguno de mis vestidos. ¿Cuánto me po-

drían dar por él? Preferiría comprar algo más con el dinero.

—Es una lástima. La belleza de este anillo va más allá de lo material.

La dama frunce el entrecejo.

—Verá, lo que su abuelo le dejó es sumamente poderoso. Se lo demostraré, hágame el favor de ponerlo en su dedo. —Extiende la mano para regresar la joya a su dueña.

La joven obedece y tras tomarlo lo coloca en su índice izquierdo. Siente algo extraño en la mano, se queda mirando al anillo con extrañeza.

Sin previo aviso, el brujo le indica a su nieto: “Wren, lánzale un hechizo a la señorita”.

La orden la saca de su trance. Ambos jóvenes exclaman al unísono: “¡¿Qué?!”

—¡Rápido, muchacho!, lo que sea.

—¡No, no, no, espera! ¿Qué estás haciendo? —La dama mira al joven con terror, dando pequeños pasos hacia atrás.

—Lo lamento —menciona Wren antes de comenzar a recitar en voz baja.

La señorita siente una brisa extraña, escucha los frascos tiritar, el viento arrecia, no entiende lo que pasa, mira a su alrededor, los objetos se elevan de sus lugares y una botella se arroja en su dirección. Por reflejo su cuerpo se encorva y con sus brazos se protege, cierra los ojos anticipando el golpe. Escucha la botella estrellarse a sus espaldas. Alza la mirada, está a salvo. Ve otra sombra que amenaza con pegarle, por instinto gira la cabeza, escucha cómo la cosa rebota con algo, cae al piso y la ve girando por el enduelado. Busca a su alrededor el siguiente objeto que la atacará. Una espada se

mueve, levita y apunta, vuela con la hoja desenvainada, siente en las tripas la punzada inminente; a escasos centímetros de atravesarla, el metal es repelido por un aura invisible, el impacto provoca un sonido chispeante, el filo gira por los aires y se clava sobre el tapiz verde olivo de la pared.

—¡Wren, es suficiente!

El chico para por instrucción de su abuelo, el viento se detiene y poco a poco las cosas retoman su posición inerte.

—Vea. Ni un rasguño. —Le sonrío el brujo a la dama.

La joven no responde, cae de rodillas al piso, respira agitada, con la mirada perdida en el suelo, trata de asimilar lo que acaba de pasar.

— Wren, tráele a la señorita un poco de agua.

El joven se dirige a la cocina, atravesando la puerta detrás del mostrador.

El brujo se acerca para consolar a la dama.

—Tranquila, la magia práctica no es nuestro fuerte, así que nunca estuvo realmente en riesgo. Además, lo que usted lleva en el dedo es un anillo de protección. —Le extiende la mano para ayudarla a levantarse—. Son extremadamente raros. Mientras lo tenga puesto, ningún encantamiento o maleficio podrá dañarla. Créame, su abuelo debió quererla mucho, para él su seguridad era algo invaluable. Si yo fuera usted, lo llevaría con cariño y nunca me lo quitaría.

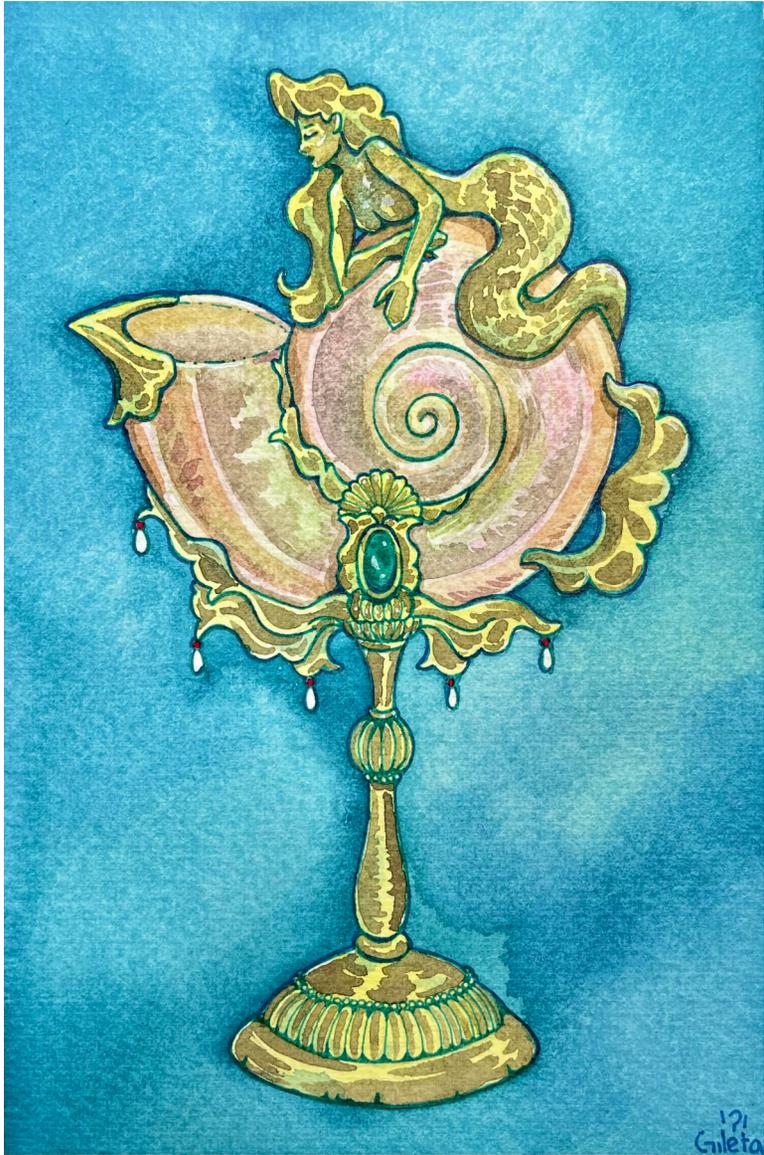
Una vez en pie, la señorita recibe el vaso con agua. Lo bebe despacio, mientras observa y acaricia la joya en su dedo.

—Si aún lo desea, podría ofrecerle una buena cantidad por él, aunque yo le recomiendo que reconsidere su decisión.

—En secreto solía decirme que yo era su favorita.  
—Sonríe y una lágrima atraviesa su mejilla.

La campanilla suena cuando sale por la puerta. Se sostiene el vestido al bajar los escalones y el cochero le extiende la mano para subir al carruaje.

El anillo de su abuelo resplandece con el sol.



# Nautilus

Cuando los clientes entran por primera vez a nuestra tienda, rodeados de tantos frasquitos de colores, no pueden resistirse en preguntar: “¿Qué son?”

A mi manera de explicarlo, son rituales en formato líquido y condensado. Pociones. Magia antigua, lograda a partir de siglos de experimentación. La receta para cada uno es especial, una mezcla única de ingredientes, que por sí sola no basta. Se requiere seguir paso a paso las instrucciones para su exitosa aplicación.

Un buen ejemplo es la poción que utilizan los marineros para protegerse del canto de las sirenas. Seres escurridizos y misteriosos. Quienes surcan las aguas profundas, cuentan que son hijas de la luna y personificaciones del mar. Sus pieles destellan como reflejos en el agua nocturna y sus melodías llaman a los hombres a su perdición.

En la antigüedad, no había escapatoria de sus voces. La historia cambió cuando el hijo de un brujo cayó loco de amor. Era tal su deseo de sumergirse para buscar a su

sirena, que pasaba su encierro con el oído pegado a una caracola, ilusionado de oírla en el eco del mar.

El brujo, tras años de ver a su hijo taciturno y perturbado, logró formular la cura. Ponerla dentro de la caracola fue la única manera de convencerlo, solo así el líquido pudo entrar en su oído. Libre del hechizo de la criatura, salió a la luz del día. Nadie esperó que al caer el sol, el joven volvería a escuchar el llamado de su amada. Corrió antes de que pudieran encerrarlo, se lanzó del muelle al agua oscura y nunca regresó.

La poción no es la cura que el brujo buscaba, pero para los marineros se ha vuelto vital. Unas gotitas, vertidas desde una copa de nautilus, pueden silenciar por unas horas el canto del mar.

# Piraña

Se sienta a la mesa, poco después de haber abierto. Da el primer sorbo a su taza de café. Mira por la ventana, es un día hermoso. Contempla las flores frescas en el jarrón, tienen un aroma delicioso. Al dar un segundo sorbo, escucha que tocan a la puerta.

—¡Está abierto! —grita para no levantarse de su lugar.

Nadie responde. Supone que han decidido marcharse, seguramente regresarán más tarde. Da otro sorbo, que es interrumpido por otra ronda de toquidos.

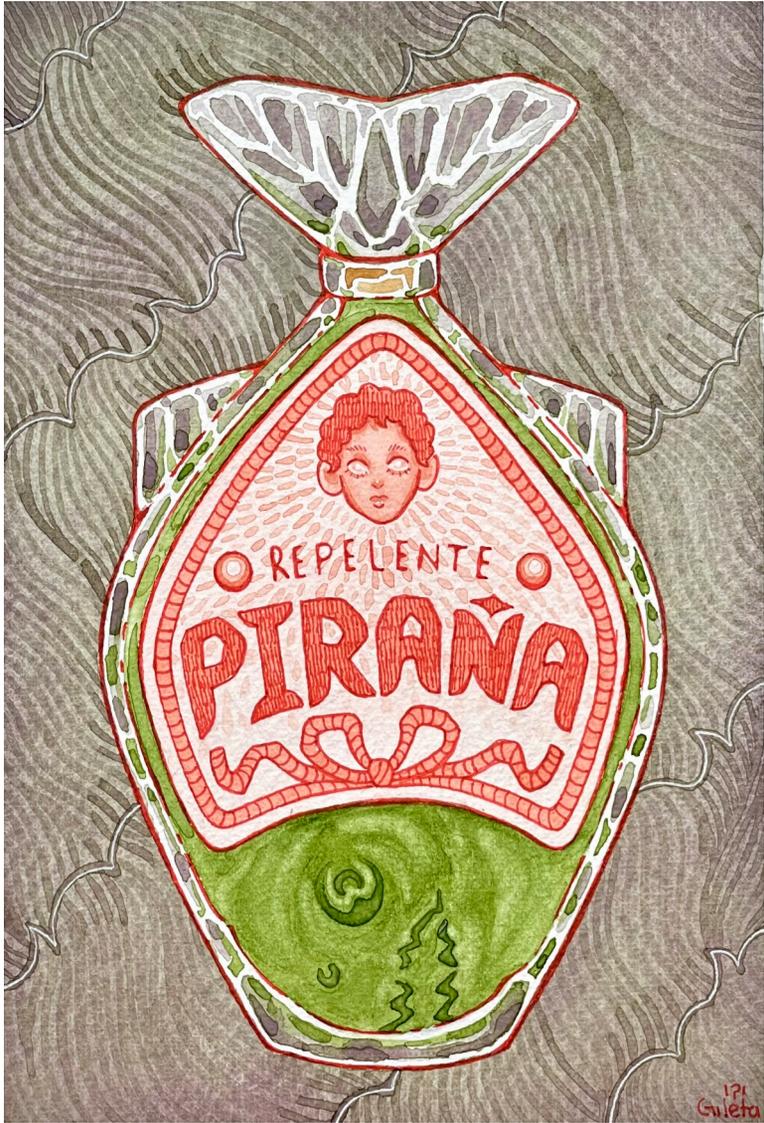
—¡Adelante! —vuelve a gritar.

Nuevamente, silencio, ¿será una broma? Se levanta molesto, se acerca a la puerta y a través del cristal ve una pequeña silueta. Al abrir, se encuentra con un niño de cabellos rizados, quietecito, con la cabeza gacha y las manos entrelazadas.

—Lo lamento —dice con un hilito de voz.

Le conmueve verlo apenado. La molestia se desvanece.

—¿Qué ocurre?, ¿por qué no entras?



—Es que no puedo pasar, la puerta no abre. —Levanta el rostro.

Verlo le provoca un suspiro. Recuerda el hechizo en la cerradura. Las criaturas mágicas no pueden entrar. Trata de no mirarlo fijamente a los ojos, no lo quiere incomodar.

—No te preocupes, dime, ¿en qué puedo ayudarte?

—Mi papá me pidió que viniera, necesita repelente para pirañas.

—De acuerdo, espera un momento, te lo traeré.

Entra a buscar la poción. Algo en ese niño no encaja, nunca había visto una criatura como él. Podría preguntarle, pero no quiere ser descortés. Suficiente tendrá que soportar el chiquillo con la mirada de las personas. Es imposible no notar que en lugar de ojos tiene dos perlas relucientes.

Encuentra la botella. Tan pronto abre la puerta, el niño se tapa la nariz. Le extendí la mano, con la poción dentro de una bolsa de papel. El niño la toma con recelo.

—¡Uhhaj, esto huele horrible!

—¿Lo puedes oler? —Se intriga, pues la poción solo afecta a los peces.

—Sí. No puedo creer que tendré que cargarlo hasta la laguna.

—Espera, déjame ver si encuentro algo que te pueda ayudar.

Entra de nuevo, se dirige a la mesa y arranca unas cuantas flores. Las machaca con los dedos y las envuelve con un poco de papel. Regresa con el niño, que sonrío una vez las ha puesto en su nariz. Agradece, paga con el dinero justo y se marcha.

Cuando el abuelo regresa de sus pendientes, Wren le comenta lo sucedido. Él aclara sus dudas.

—Es hijo de una sirena; en contra de su naturaleza se enamoró de un pescador. El niño vive con su padre en tierra, en una humilde choza frente a la laguna. Su existencia, además de excepcional, es solitaria. No conoce a su madre, y los demás niños lo excluyen por miedo a ser embrujados por sus ojos o su voz.

Wren decide que la próxima vez que el niño visite la tienda, sacará un par de sillas, cortará un bizcocho y le ofrecerá una taza de café.

# Sarcófago maldito

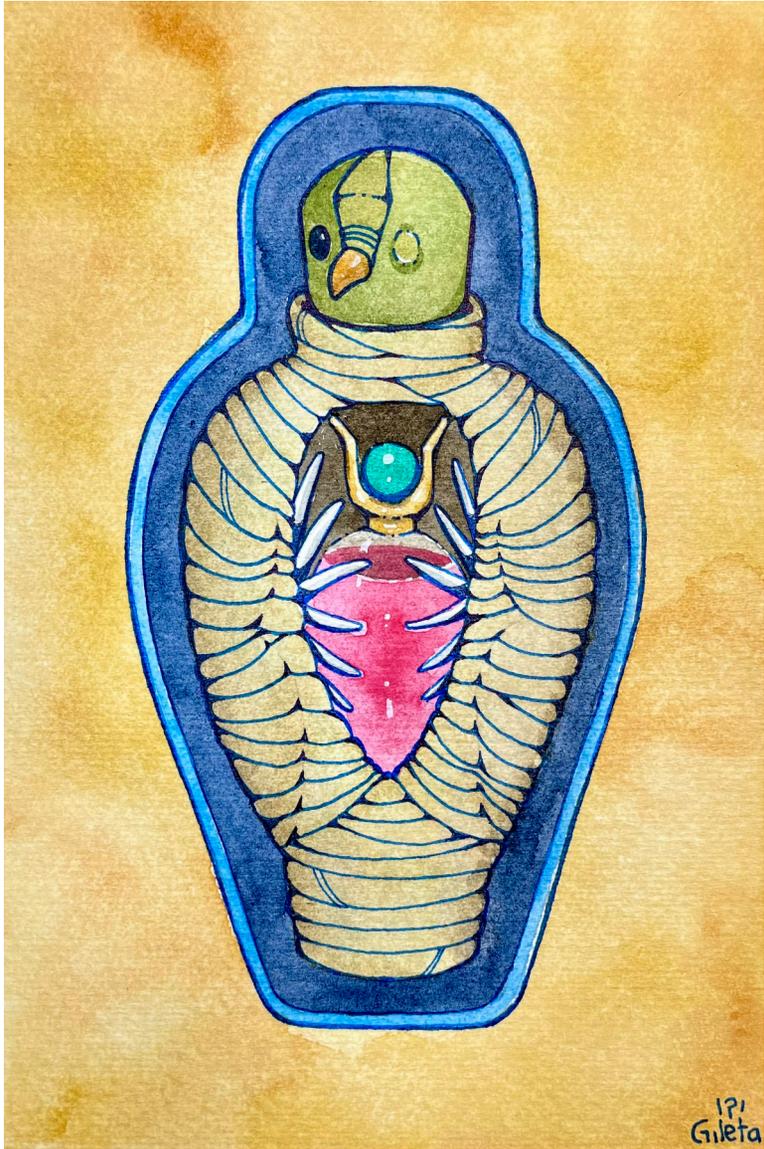
**H**ace un tiempo llegó un arqueólogo a la tienda, lo recuerdo bien. Antes, sólo había conocido interesados en cambiar reliquias por dinero, mientras que a él le brillaban los ojos cuando hablaba sobre su origen y su porqué.

Buscaba algo muy particular, algo que le permitiera abrir un sarcófago maldito. No dio muchos detalles, simplemente me mostró la inscripción grabada sobre el cofre mortuario. Acorde a su traducción: “quien rompa el sello quedará atrapado dentro, por toda la eternidad”.

Tuve que arreglármelas solo, el abuelo se encontraba de viaje.

Duré tres días buscando entre sus bitácoras, hasta dar con la descripción de una poción antigua. Supe de inmediato de cuál se trataba, la recordaba de mi infancia; siempre me llamó la atención aquella cajita con forma de ataúd.

Esperé a abrirla hasta que el arqueólogo regresó. En su interior encontramos una pequeña ave envuelta en vendajes, con las costillas expuestas y un frasquito en sus entrañas. Al reverso de la tapa se leían las instrucciones:



*Derrame el contenido de la botella sobre el sarcófago maldito que quiera neutralizar.*

*Espere a que la poción se evapore.*

*Abra el sarcófago, tome el contenido y reemplácelo con el señuelo.*

*Advertencia: El efecto de la poción es temporal. Si el sarcófago no es cerrado con el señuelo dentro, en un lapso de una hora, la maldición surtirá efecto.*

Las instrucciones nos parecieron claras y coincidimos en que por señuelo se refería a la pequeña momia. Pagó sin importarle el precio y se marchó feliz, ansioso por hacer uso de la pócima.

Desde ese día no regresó.

Hace poco recordé su manera de hablar. Me pregunté qué reliquia estaría descifrando en ese momento y deseé volverlo a oír.

Es temprano por la mañana, mientras ojeo el periódico encuentro un encabezado peculiar: “A un año de la tragedia, reabre exhibición en el Museo Real”.

La nota puntualiza los hechos y relata el testimonio de los presentes. Tengo que leerla en más de una ocasión. No están claras las causas, pero la imagen que acompaña la noticia ilustra muy bien las consecuencias: el sarcófago está cerrado, a su lado descansa un faraón marchito y la momia de una pequeña ave es exhibida a sus pies.



# Baile de máscaras

La mañana transcurre con calma, es de esperarse, todo mundo estará descansando tras el baile de máscaras de la noche anterior.

Me dispongo a continuar con una tarde igual de tranquila; para mi sorpresa, entra una bella dama, joven y elegante. Tras saludarla, pregunto en qué le puedo servir. Tímida, se acerca al mostrador.

—Quisiera saber. Bueno... me preguntaba si... —inspira profundo—, ¿tiene algo que me permita saber qué estaba haciendo mi esposo anoche?

Me percato que en sus manos lleva un antifaz.

—Eso depende, señora. Con exactitud, ¿qué desea conocer?

—Sospecho que mi esposo me engaña —responde en voz baja.

—¿La máscara es de él? —Apunto con la mirada.

La joven asiente con la cabeza.

—Tenemos algo que podría servir.

Rebusco entre los cajones del mostrador y saco un frasquito azul. Derramo su contenido sobre la encimera.

—¿Me permite? —Extiendo la mano para pedir el objeto que ocupa las suyas.

Al entregármelo, puedo notar la calidad en la hechura. Lo examino con cuidado, completamente tapizado de pequeñas gemas. Arranco una que sobresale del borde, la arrojo dentro del charquito formado por la poción y esta es absorbida sin dejar rastro.

—Necesito que piense en su pregunta; cuando esté lista, sople dentro.

Acerca su rostro al mostrador, se acomoda los cabellos sueltos detrás de la oreja, cierra los ojos y sopla. Su aire perturba la superficie de la sustancia. Los dos vemos cómo mientras las ondas se calman, en el reflejo se plasma una visión. Las lágrimas caen sobre la encimera, una de ellas atina a la imagen que tanto la lastimó.

# Escrituras antiguas

— ¿Es seguro que venga? —pregunta con incredulidad.  
— Nada es seguro en esta vida. Aunque yo apostarí­a que sí vendrá.

El abuelo mira el pequeño frasco de cristal. Aquel que sacó de la vitrina a primera hora de la mañana, donde estuvo reposando los últimos cincuenta años.

—¿Para qué es la poción?

—Es un veneno, poderoso y poco usual. Recuerdo muy bien a la jovencita que lo encargó, sobre todo su mirada. Hermosos ojos verdes, colmados de tristeza y resentimiento. Mencionó que provenía de una tierra lejana. Fue separada de sus padres por un brujo y traída al reino como esclava. En un descuido logró escapar de su captor.

—Esas runas son escritura antigua, ¿cierto?

—Estás aprendiendo bien, muchacho. Las usó para plasmar en el papel su ira y dolor. La poción ha absorbido esos sentimientos por décadas. Estoy seguro que ya es lo suficientemente potente como para disolver cualquier tipo de protección.

—¿Crees que lo logre?

—Si realmente vuelve, más vale que así sea...

El abuelo es interrumpido por el ruido de los cascos en el empedrado. Sobre nuestro silencio brilla la campanilla de la entrada. Una dama de alta clase se hace presente. En su rostro maduro resaltan un par de hermosos ojos verdes.



# Trauma

**C**aminamos en silencio, bajo la tenue luz de la mañana. Seguimos una brecha de tierra, que paso a paso nos aleja de la ciudad.

Los campos se han avivado con las lluvias recientes, las aves cantan y las mariposas revolotean sobre las flores. Esquivamos las charcas que se han formado y ayudo a mi acompañante a saltarlas cuando es necesario.

Se trata de una joven, delgada y de manos ásperas. Llegó a la tienda antes de que abriéramos y esperó paciente para contarme la situación.

El mes pasado su hermana dio a luz a un bebé sano y fuerte. El primer varón después de tres niñas. El borracho de su marido se había alegrado tanto, que esa misma noche organizó una celebración. Presumió al niño frente a todos sus amigos y no lo soltó, ni siquiera cuando empezó a tambalear. La hermana mayor del pequeño intentó rescatarlo en más de una ocasión, pero temía enfadar a su padre por no atender a sus invitados. La madre apenas y podía moverse por el cansancio del parto, en toda la velada no salió de la



habitación. Nadie notó el momento en que el hombre cayó desmayado con el niño en brazos, bajo el cielo sin luna ni estrellas. Cuando se terminó la bebida, los comensales se retiraron, riendo y cantando. Las niñas apagaron las velas y el silencio se adueñó de la choza de madera.

Hasta la mañana siguiente notaron la ausencia del bebé. El padre, con un tremendo dolor de cabeza, culpó a un espíritu maligno. Solo garras y colmillos podrían haberlo arrancado de su abrazo protector. Convocó a sus amigos para buscar al infante, pero solo uno de ellos se presentó. Con machete en mano, juntos se adentraron en el bosque.

La madre al escuchar la noticia se quedó mirando por la ventana. Desde entonces apenas come, no habla, mucho menos llora. Es una estatua que respira, relegada a la orilla del colchón.

Al llegar a la cabaña, vemos al esposo cortar leños a la distancia. No se acerca al verno a través del cerco, simplemente saluda con un gesto de cabeza y continúa con su labor.

Me presentan a las niñas tan pronto atravesamos la puerta. La mayor prepara la comida en el fogón y la menor juega en el piso con unos bloques de madera. Es la hija de en medio quien nos dirige por las escaleras hacia la habitación.

La madre no voltea con nuestra presencia. Le pido a la niña que baje, pues yo y su tía nos encargaremos del problema. Saco de mi maletín un frasco.

—Necesito que la sostenga y le abra bien los ojos.

La joven inclina el rostro de su hermana hacia atrás y con sus dedos estira sus párpados. La mujer no se resiste.

—Para que su hermana pueda sanar, necesita sacar la tristeza. —Aplico una gota de la poción en cada ojo—. Será un proceso largo, pero esta es la manera de empezar.

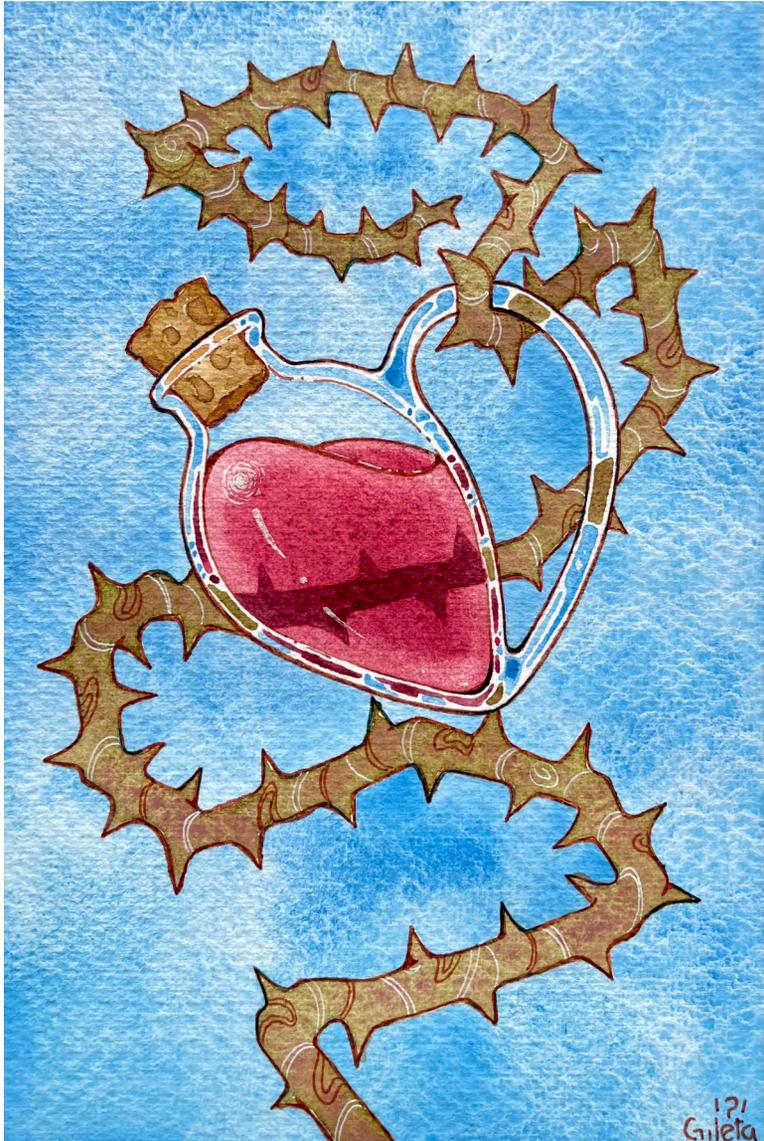
Los párpados revolotean y el rostro de piedra se parte. Los ojos se vuelven cascadas, deja escapar un alarido de dolor. Las dos se abrazan con fuerza.

—Aquí estoy, aquí estoy —le susurra la joven, mientras trata de contener las lágrimas.

—Creí que podía cambiarlo. Le di todo y hasta mi hijo me quitó —grita y llora sin consuelo.

Decido que es mejor darles espacio. Miro hacia las escaleras y las tres niñas observan con ojos cristalinos. Me quito de en medio y corren a consolar a su madre.

Bajo los peldaños de madera y salgo de la cabaña. El padre está hincado sobre la tierra y con sus manos se cubre el rostro. Veo sus espasmos y escucho los sollozos. Se pone en pie, ni siquiera me mira, se enjuga las lágrimas con la manga y camina en sentido contrario a la cabaña.



# Sangre de mártir

Las risas se filtran en mis ensoñaciones, me arrastran y al abrir los ojos, regreso a mi habitación. Todavía no amanece.

Decido levantarme, las carcajadas no cesan. Conozco las voces que provienen de la tienda. Con el camisón aún puesto y candil en mano, bajo las escaleras. Tan pronto piso el último peldaño, me recibe una voz estruendosa.

—¡Ehhhh, muchacho! Por fin nos acompañas.

Se trata de Pig, un comerciante popular entre los fabricantes de pociones. Para muchos, un viejo sin escrúpulos; para el abuelo, un amigo de toda la vida.

Me acerco a Pig y al abuelo, que conversan en la mesa redonda de madera, a la luz de una linterna. Pig se levanta para extender los brazos, no opongo resistencia y me dejo abrazar. Siento su barriga presionando contra mi cuerpo. Me aleja con las manos en mis hombros y me revuelve el cabello, que de cualquier forma ya estaba despeinado.

—¿No me digas que te despertamos? —me dice con una mezcla de lástima y burla.

Refunfuño con una sonrisa y con la mano me quito las lagañas de los ojos.

—¿A qué debemos tu visita tan de madrugada, Pig? Me da gusto verte.

—Ya sabes cómo es el negocio, chico. Hay mercancía que tengo que mover rápido. —Regresa a su lugar y la silla rechina al recibir su peso—. No he tenido oportunidad de mostrarle a tu abuelo, pero les traigo algo muy especial.

—Es porque no ha parado de gruñir y comer desde que llegó. —Se burla el abuelo y señala con la mirada una tabla de quesos vacía y las moronas de pan desperdigadas sobre la mesa.

—No digas más, viejo. Que dejé pasar la falta de vino. —Termina con una carcajada.

—Pero ya dinos, Pig, ¿qué es lo que has traído? —pregunto impaciente.

Pig se limpia la boca con el antebrazo. Me mira y responde con tono dramático: “Sangre de una mártir”.

El abuelo lo mira expectante. Apoya los codos sobre la mesa y recarga el mentón en sus manos.

—¿De quién es y cómo la conseguiste?

Pig muestra una sonrisa.

—En mi último viaje escuché la noticia de un pueblo atormentado por un demonio. Pensé que sería bueno echar un vistazo, así que me dirigí hacia allá. Llegué en el momento indicado. Una joven había llamado la atención de la bestia. Ofreciéndole sangre lo llevó hasta un bosque de zarzas, quería alejarlo de su familia. Los guerreros del reino vieron su sacrificio como una oportunidad. Entre las espinas, ambos fueron acribillados. El demonio murió rugiendo, con el cuerpo deshecho entre humo, escamas, sangre negra y colmillos. La joven en cambio, debió haber conmovido al espíritu del bosque. Cuando la encontré, un espino le atra-

vesaba el corazón. Fui el primero en llegar, me escabullí en la conmoción y llené un frasco con las gotas que escurrían de la herida. Me marché sin mover nada, antes de que pudieran notar que estuve ahí. —Saca del bolsillo interior de su chaqueta un pequeños frasco—. No dudo que en unos años, la leyenda de la mártir de los espinos se esparza por todo el reino.

—Muy buena historia, Pig, pero sabes que una poción no se sostiene con cuentos. ¿Qué tiene de especial esa sangre? —La cara del abuelo se mantiene seria.

—Impaciente cuando se trata de negocios, no te ablandas con los años, Owl —responde Pig, mientras destapa el frasquito.

Observo cómo una pequeña gota sale del recipiente, atraviesa el aire en caída libre e impacta contra el enduelado de madera. Al instante brotan espinos de los tablones, crecen incesables, tanto que casi tumban al abuelo de su silla. Retrocedo y veo sus rostros fascinados. Seguramente el abuelo imagina los compuestos que mezclaría con ese líquido rojo. Pig, por su parte, sabe que habrá trato, solo necesita acordar el precio correcto.

La luz del amanecer comienza a entrar por las ventanas. El espino ya no crece. Me doy la vuelta y los dejo discutiendo. Me alejo pensando en lo triste que es morir por las personas que amas y que tu sacrificio se mida en dinero. Tomo las tijeras, escoba y recogedor. Limpio el desastre que otros han hecho.

Pig se despide con los bolsillos llenos y yo me preparo para abrir la tienda, como cualquier día, como si nadie hubiera muerto.



# Ángel caído

Se abre la puerta y el sonido de la campanilla es acompañado por las pisadas de Fox. Mientras se acerca al mostrador, sus botas de cuero hacen crujir la madera, como si su renombre de cazador le atribuyera a su cuerpo peso adicional. Saluda y tras las cordialidades, le entrega al abuelo un listado con las pociones que necesita reabastecer. Me encarga empacar el pedido.

Mientras busco en los estantes, escucho la conversación.

—Necesito cazar un ángel.

Tengo que controlarme para no voltear al escuchar esa frase. Me quedo quieto. El abuelo tarda en dar una respuesta.

—Interesante. ¿Qué asuntos tienes con un ángel?

—Me han contratado para capturarlo. Lo necesito vivo.

—Menos mal, no querrás sufrir la maldición de matar a un celestial. ¿En qué consiste tu contrato? Necesito más información para poderte ayudar.

—No tengo muchos detalles. Debo llevarlo a las islas del sur. Al parecer preñó a la hija de un mercader, pero llegado el momento, prefirió marcharse y conservar su divinidad. Honestamente yo habría hecho lo mismo.

—¿Y sabes qué pretende hacer el mercader con él?

—Una estupidez. Lo quiere obligar a renunciar a su inmortalidad y que se haga cargo del bastardo.

—Seguramente piensa que aumentará su rango si logra unirlo a su linaje. Suena como un sueño, ¿no crees? “Nuestra sangre proviene de los ángeles”. Sin mencionar que de lo contrario, tendrá que lidiar con las acusaciones de locura hacía su hija...

—En fin, no es mi asunto y la paga es buena. —Fox interrumpe las deducciones del abuelo.

—Tienes razón, no es problema nuestro.

Escucho al abuelo caminar, seguido por el agudo percudir de las botellitas que aparta de su camino. Busca algo al fondo del anaquel.

Termino de coleccionar todas las pociones del listado, así que regreso al mostrador para comenzar a empacarlas. Llego al mismo tiempo que el abuelo, quien sonrío victorioso, pues ha encontrado la pócima que buscaba.

—Icarium. Rocíalo sobre tus flechas y atinarás con más precisión. —Extiende la mano para entregarle la botella a Fox—. Bastará un roce y su destino será el suelo.

Fox toma el recipiente y lo mira con detenimiento en su mano. —¿Es seguro que no morirá?

—Procura no asestar si es que vuela muy alto. La posición solo le paralizará las alas, pero que sobreviva a la caída es una historia diferente.

El abuelo le solicita con un gesto de su mano el retorno de la botella. Tras recuperarla, me la da para empacarla

con el resto. Mientras termino, Fox paga. Al entregarle la caja se marcha, aún más pesado que cuando llegó.

Cuando la puerta se cierra, hago las preguntas que me he estado guardando.

—¿Cómo hará para capturar al ángel, impedir que escape y hacerlo mortal?

—Tenemos remedios para todo eso, pero dejó claro que no es nuestro asunto. Tiene la arrogancia propia de un cazador. Ya se las arreglará.



# Portal dimensional

**E**s mediodía y el sol brilla fuerte, su luz intensa entra por las ventanas, abiertas para dejar pasar el aire. No hay clientes en la tienda, tampoco se escucha gente por la calle, seguramente se resguardan del calor. El abuelo espera tras el mostrador, se niega a cerrar. Con su pañuelo se limpia el sudor que le escurre por la cara. Lo observo desde la mesa, donde acaricio a Pedro, a la espera de que una ráfaga de viento me brinde un poco de alivio.

A lo lejos escucho ladridos. Me asomo por la ventana pero no veo nada. A Pedro se le eriza el pelambre. Repentinamente la puerta se abre, con un golpe brusco que hace temblar la madera y vibrar los cristales. La campanilla tintinea desenfrenada. Pedro sale corriendo, cruza frente al abuelo, gira y sube las escalera rumbo a mi habitación.

Clavamos la mirada hacia la entrada, donde un grupo de hombres comienza a pasar.

—¡Wren, ven para acá! —me llama el abuelo, con voz dura.

Me levanto de la silla y corro a su lado. Los primeros en cruzar la puerta son dos grandulones, una vez dentro abren paso a otro más bajo.

—Quédate atrás de mí, si algo ocurre, enciérrate en el estudio —me dice en voz baja.

Camino despacio a sus espaldas y me acerco a la escalera. No despego los ojos de los hombres que ocupan el recibidor. Los he visto antes, matones y vividores. Ferret se coloca frente a ellos.

—¿En qué te puedo ayudar, Ferret? No era necesario este despliegue. Siempre fuiste bienvenido.

El aludido comienza a acercarse y el resto lo sigue. En su tercer paso, el abuelo alza la voz.

—¡Hasta ahí! —dice con firmeza—. Te lo advierto, no estoy para juegos.

—Tranquilo, anciano, no buscamos problemas. —Se ríe—. Vengo simplemente a solicitar tus servicios. Escuché que tienes un genio que predice el futuro.

—No es así.

—No me mientas, Owl. Kite lo mencionó en alguna ocasión, y justo en este momento me serviría mucho, así que por favor coopera. —Guiña el ojo y sonrío—. Te pagaré. De lo contrario... —Inclina la cabeza para señalar a sus acompañantes, que en sus manos sostienen macanas y garrotes.

—Ay, muchacho, tú y mi nieto son de mis mayores decepciones, pero al menos él se mantiene del lado correcto. ¿Cómo terminaste así?

El abuelo se gira y se dirige a la estantería detrás del mostrador. Se agacha para alcanzar un baúl con candado. Al abrirlo saca un frasco rojo, lo lleva de regreso y lo coloca sobre la encimera. Lo destapa, las hojas de las ventanas comienzan a moverse, se cierran y los pestillos se deslizan.

—¿Qué está ocurriendo? —pregunta uno de los hombres de Ferret.

—Debo advertirte que los genios no predicen el futuro, ven las posibilidades. Te dirá aquello que es más probable que ocurra. Cualquier decisión puede cambiar el destino, lo que hagas hoy afectará tu mañana. Piensa bien tu pregunta, pero no te fíes de su respuesta.

Por sí solas se recorren las cortinas vaporosas y tras ellas se arrastran las de tela más pesada y gruesa, impidiendo el paso del sol. Nos quedamos casi a oscuras, con apenas la luz que se filtra por los cristales de la puerta. Los matones se miran entre ellos, sin saber qué hacer; ven a Ferret calmado, así que esperan. Se percibe un cambio en la temperatura de la tienda, hace frío. En un instante cualquier otro sonido del exterior se desvanece.

Del pomito, que apenas es visible en la penumbra, comienza a brotar humo luminoso, amarillo brillante. Sus formas, suaves y caprichosas, se unen para formar un aro. En su interior, la transparencia del aire se enturbia, algo se mueve, pero no distingo qué. Entre la neblina, un enorme ojo se escurre, hasta tomar su sitio al centro del portal. Todos miramos con asombro.

Ferret sonríe ansioso, con malicia en la mirada. Da otro paso al frente, ignorando la advertencia del abuelo.

—¡Genio!, dime, ¿quién será el vencedor del torneo de caballeros?

Ante la pregunta, la pupila se dilata, el ojo comienza a agitarse, mira en todas direcciones, tarda unos segundos rebuscando en la nada, hasta que finalmente para, regresando a su posición original.

Todos nos mantenemos callados, en espera de la respuesta.

—¡Owl, maldita sea, dile a tu genio que me diga qué vio!

—Olvidé mencionarlo. Los genios sirven a un solo amo. —Toma aire—. ¡Sácalos de aquí!

El gran ojo se cierra en un pestañeo, al abrirse Ferret y sus hombres ya no están presentes. No entiendo lo que ha pasado, se han esfumado, sin dejar rastro alguno. El genio se escurre para desaparecer nuevamente en la neblina. El humo lentamente regresa a su recipiente y una vez dentro, las cortinas y ventanas se vuelven a abrir.

El abuelo cierra el pomito y lo lleva de regreso al baúl. Camino con cautela hacia la puerta de entrada y me cercioro que detrás del cristal no se asoma ninguna silueta. La abro, la calle está soleada y vacía.

El abuelo me llama, cierro la puerta y me dirijo al mostrador.

—¡Abuelo!, ¿qué pasó con ellos?, ¿no están muertos o sí?

—Estarán bien, solo los alejé de aquí. Tu hermano nunca me perdonaría si le hiciera daño a Ferret. Es un huérfano problemático, pero es su amigo. Seguramente está metido en las apuestas otra vez.

—¿No deberíamos hacer algo para ayudarlo?

—Antes lo intenté, ahora le toca aprender. Deberás tener cuidado por un tiempo, Wren, sin duda volverá.



# El misterio de la repisa

## Neonato

No sé en qué momento comencé a ser consciente, pero de algún modo sabía que tenía poco tiempo de existir. Me sentía solo, inmóvil en la repisa, rodeado de otros frasquitos de colores. Con la luz de la mañana, mi creador regresó. Sabía que era él, lo sentía dentro de mí. Me emocioné al verlo y me revolví dentro de mi contenedor de cristal. Él pestañeó incrédulo. En respuesta le sonreí, tan amplio como pude. No debió gustarle, pues sus ojos se abrieron enormes y su quijada se cayó.



## Balbuces

Estoy de pie, perplejo ante la repisa. La poción que mezclé la noche anterior me acaba de sonreír. Escucho ruidos, la escondo en mi chaqueta y corro al estudio. Pedro me sigue, pero se detiene a media escalera. Mientras se baña con la lengua, me observa a través de los balastos.

Con un brazo despejo la mesa y con el otro saco el frasquito azul. Al ponerlo encima, este me vuelve a sonreír. Confirмо que lo ocurrido en la tienda no fue mi imaginación. Pienso en alguna explicación, nunca había visto algo similar. Recorro la habitación con la mirada, hay artilugios del abuelo por doquier. Lo mejor será contarle lo ocurrido, solo espero que me permita conservarla.

Me pierdo en mis pensamientos y no me doy cuenta cuando Pedro sube a la mesa para jugar con la botella. De reojo veo cómo de una mordida le arranca el corcho.

—¡Pedro, no! —grito para ahuyentarlo.

Pedro salta y corre, dejando atrás a la botella bailando. Me lanzo sobre ella para evitar que se caiga, pero el golpe de mi mano provoca que un chorrito salga disparado. Tomo el corcho y vuelvo a cerrarla. La observo y me doy cuenta que es poco lo que se ha derramado. Para mi sorpresa, ya no me sonrío. Tal vez se espantó. La sacudo un poco, esperando notar alguna reacción, pero la sonrisa no vuelve. De la nada, comienzo a escuchar chasquidos sobre la mesa, giro en dirección al ruido y veo unas cuantas gotitas que me guían hasta una dentadura. Me acerco para verla mejor, estiro la mano para tomarla y esta se comienza a mover. Me sobresalto, la dentadura balbucea, antes de que pueda correr, logra conectar sílabas en palabras.

—Gra... gracias, te, te... te quiero.

Me quedo petrificado, sin saber qué responder.



# Gólem

Con la dificultad de encontrar las palabras correctas, le cuento al abuelo sobre mi reciente creación. Al principio se muestra escéptico, pues tampoco conoce alguna fórmula con un resultado similar. Mientras bajamos juntos al estudio, menciona que las pociones tienen limitantes y crear vida inteligente es una de ellas. Su semblante cambia cuando paramos frente a la dentadura, que de buenas a primeras dice:

—Te, te... te extrañé.

Su mirada es de asombro, paulatinamente recupera su rostro habitual. Toma el frasquito que se encuentra sobre la mesa.

—¿Es esta la poción que te sonrió?

Asiento con la cabeza.

—Interesante. ¿Y dices que no tienes idea de cómo lo has conseguido?

—Seguía una de tus recetas. Cambié un par de ingredientes, creí que no habría mucha diferencia.

—Tendremos que revisar eso más tarde. De acuerdo con lo que me dices, sospecho que su conciencia se transfirió de la poción a esta dentadura. Me pregunto, ¿qué pasaría si le agregamos un poco más?

Derrama más de la pócima sobre la dentadura.

—Muchas gracias, señor. —Logra articular la mandíbula con claridad.

—Muy educado. Dime, ¿qué eres?

—No lo sé señor. No sé quién soy, de dónde vengo ni a dónde voy. Solo sé que él fue quien me creó.

El abuelo me mira y yo no digo nada, simplemente levanto los hombros.

—Su nombre es Wren y el mío Owl, ambos somos brujos. Temo decirte que eres un misterio y para serte franco, no estoy seguro de poderte conservar. No sabemos tus intenciones o si eres peligroso o no.

—No lo soy, señor Owl. Jamás me atrevería a hacerle daño a mi creador.

El abuelo lo medita. Voltea a ver a Pedro, echado en una esquina, durmiendo a placer. Finalmente se dirige a mí.

—Bueno, Wren, al parecer la decisión es tuya. No creo que tenga malas intenciones, de lo contrario Pedro no estaría tan tranquilo.

—Yo... Me gustaría conservarlo.

—Bueno, amigo, eres afortunado. En este ajuellarre hay espacio para uno más. Aunque es poco conveniente que no tengas un cuerpo. ¿Me pregunto si...?

El abuelo toma un montón de cachivaches y los reúne en un montículo sobre la mesa. Después coloca la dentadura en la cima y derrama un chorrito de la poción sobre todas las cosas. Estas comienzan a vibrar, moverse, reconfigurarse, se unen entre sí, hasta dar forma a un nuevo ser.

El abuelo me mira con una de sus sonrisas.

—Felicidades, Wren, creaste un gólem.



# Emet

La noche anterior Pedro había estado buscando pesadillas en los callejones. A unas cuadras de la tienda, encontró a un vagabundo durmiendo, teniendo espasmos de terror. El minino, de un brinco se posó en su pecho, ronroneó para calmarlo y una vez surtió efecto, le rugió. De su oreja salió la causante de los malos sueños, una sombra en forma de serpiente. Se arrastró veloz, tratando de escapar. Pedro de tres saltos la alcanzó, la detuvo con una zarpa y entre sus colmillos la aprisionó. Triunfante se dirigió a casa, dispuesto a disfrutar de su manjar.

Desde la esquina, a una cuadra de llegar, pudo ver la luna vibrante sobre la noche serena. Entró por la ventana, al igual que lo hacía el resplandor. La luz bañaba estantes y repisas, y con dulzura acariciaba los recipientes de cristal. Pedro se recostó para disfrutar de su pesadilla, sin quererlo fue testigo de un milagro hecho poción.

# Monstruo de tinta

**D**e una manera u otra, Kinglet siempre me sorprende. Así llamé a mi gólem, me parecía descortés no ponerle un nombre.

Durante el día se queda en el estudio. Su conciencia viaja entre su forma de oso de peluche y el frasquito que lo vio nacer. Al cerrar la tienda lo visito. Me siento a su lado y le enseño cosas sobre nuestro oficio, la familia y el mundo exterior.

La noche de hoy no parece ser distinta a las demás. Juntos vemos un libro de flora y fauna. Kinglet observa fascinado las ilustraciones de animales. Repentinamente, un ruido extraño interrumpe nuestra calma, proviene de arriba, de la tienda. Se me baja la sangre a los pies. Es imposible, cerré la puerta, el abuelo está de viaje y Pedro juega frente a nosotros. Algo entró. Trato de calmarme, hay hechizos que protegen la tienda. Tomo la lámpara, en silencio subo las escaleras. Kinglet me sigue.

Está oscuro, la luz no es suficiente. Desde el marco de la puerta pronuncio un encantamiento. La flama en mis manos se extiende, como un hilo luminoso que alcanza las velas del candelabro. Desde el techo, la habitación se ilumina.

No hay nadie, tal vez lo imaginé. Doy media vuelta, listo para regresar escalera abajo. Kinglet trepa por mi pierna, hasta llegar a mi hombro y me dice al oído: “Hay alguien detrás de la cortina”.

Se me eriza la piel. Giro lentamente. Veo los zapatos sobresaliendo por debajo de las telas.

—¿Quién está ahí?! Sal o te quemaré hasta los huesos.

—¡Tranquilo, Wren! Soy yo. —Asoma la cabeza.

—¿Ferret?, ¿qué haces aquí?, ¿cómo entraste?

—Tu hermano me enseñó a escabullirme por la ventana. No lo habría hecho si no fuera necesario, Wren. Estoy en problemas.

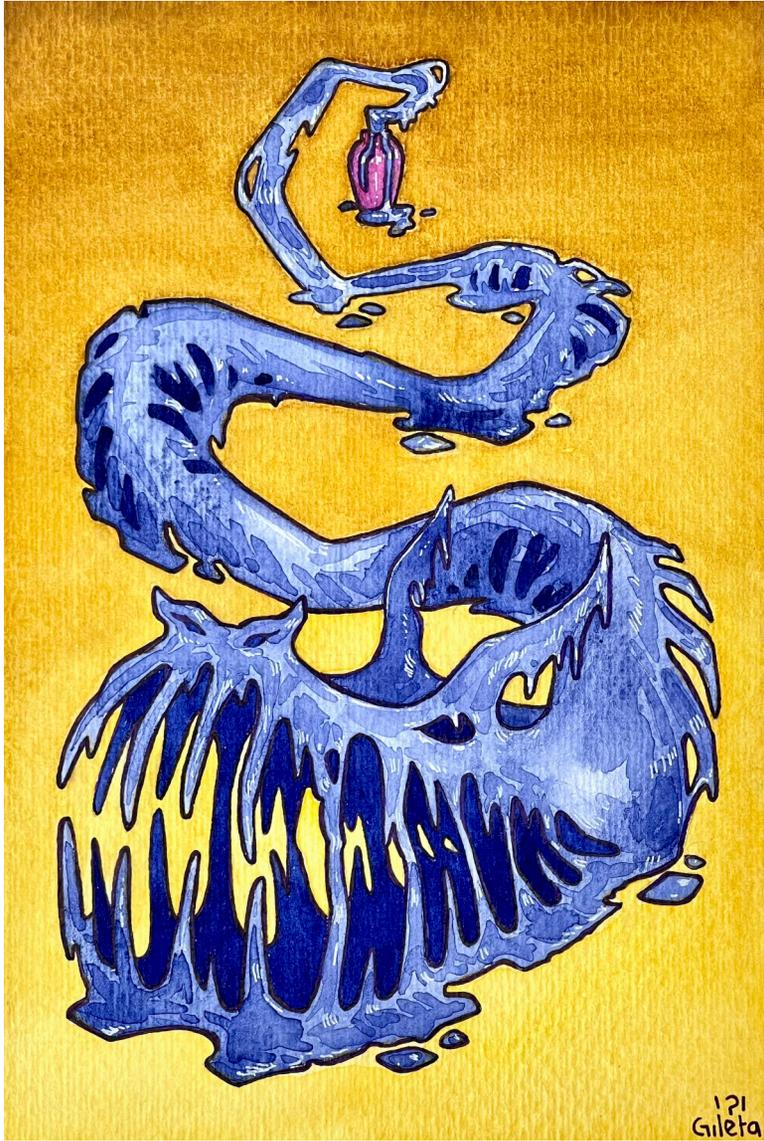
—¿Qué ocurre? —Bajo a Kinglet de mi hombro.

—Me quieren matar, Wren. Necesito dinero para pagarles. Ayúdame, por favor.

“Deberás tener cuidado”. Las palabras del abuelo resuenan en mi cabeza.

—¡Has venido a robarnos!

Corro al mostrador. La caja está abierta, vacía. Ferret huye hacia la puerta, voy tras de él. Desliza el pestillo y la abre de un tirón. Le salto encima, con el impulso salimos volando sobre los escalones de la entrada, azotamos contra el empedrado, todo gira. Abro los ojos, está oscuro, la cabeza me da vueltas. Me duele la pierna y el brazo, siento algo caliente escurriendo por mi sien. Logro enfocar la imagen de Ferret, se levanta del piso, cojeando se dirige hacia mí.



—Ahora sí, imbécil, tú y tu abuelo van a lamentar haberse metido conmigo.

Lleva algo en la mano, una piedra. Intento pararme, no puedo, el tobillo no me deja. De una patada me tumba nuevamente al suelo. Un rugido monstruoso sale de la tienda, ambos volteamos. Unas fauces negras se disparan sobre Ferret, lo embisten, con tanta fuerza que parece hecho de trapo. Grita, pelea por liberarse, la masa oscura no lo suelta, lo engulle, ahoga sus alaridos. Atónito, no puedo hacer nada más que observar. Temo ser el siguiente, me arrastro para huir. La cosa se retrae, no me presta atención. A su paso deja un camino líquido.

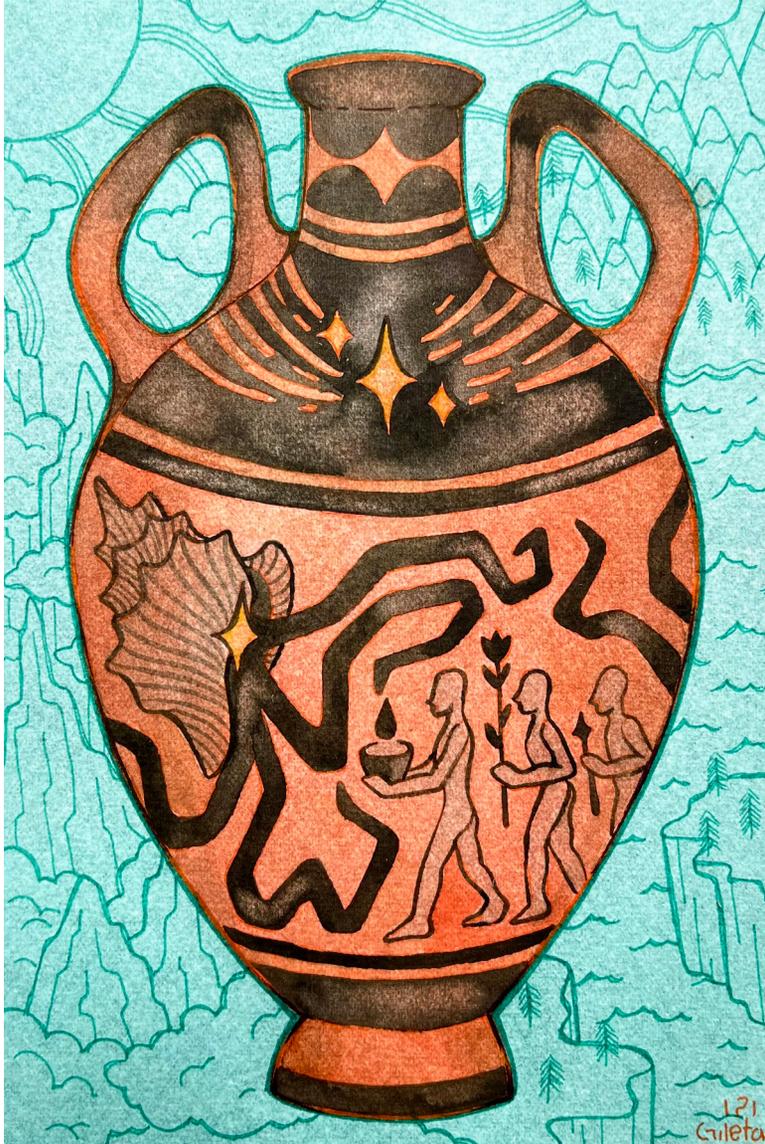
Con ayuda de una pared logro levantarme. Me sostengo con lo que encuentro a mi alrededor, salto en un pie, sigo el rastro, a la luz de las velas parece tinta, en mis dedos percibo el tono azul. Llego a las escaleras del estudio, escucho golpes y crujidos.

En mis condiciones no me atrevo a bajar. Busco una poción revitalizadora. La bebo y me tumbo en el piso. Siento los tirones dentro de mi cuerpo, grito mientras los huesos se reacomodan. Cuando la agonía termina, me invade el sueño.

Al despertar, las heridas se han cerrado, no hay dolor. Comienza a amanecer. Me pongo de pie, tomo la lámpara que dejé en el mostrador y comienzo a bajar. Me asomo con cuidado, no se ven Ferret ni la cosa que lo atacó. El camino de tinta llega hasta una botella, en la etiqueta se lee: “Azul profundo”. El líquido se escurre hacia su interior, es lento pero persistente. Sobre la mesa veo la botellita de Kinglet, vacía. A su lado, sin vida, su forma de osito está tirada. Me quedo mirando el contenedor de

tinta. Cuando la última gota entra, libera un eructo estuendoso.

Desde la desaparición de Ferret, la tinta cambió de color. Los documentos en la tienda ahora se firman en violeta.



# Terror cósmico

No se sabe con certeza cómo llegó a nosotros la magia. Las leyendas dicen que fue un regalo proveniente de las estrellas, entregado a nuestros ancestros por los terrores cósmicos, bestias descomunales que encontraron morada en nuestro mundo.

Los primeros hombres se asentaron a sus pies, bajo su protección crearon los reinos originales. Conforme crecieron sus pueblos, surgieron los conflictos, y durante las guerras entre imperios, los terrores fueron usados como armas. Cansadas de la violencia, las criaturas se refugiaron en sus madrigueras, donde duermen hasta la actualidad.

Los arqueólogos han encontrado vasijas donde se relata su historia, con imágenes que muestran a los terrores como deidades, recibiendo ofrendas a cambio de conocimiento. Por azares del destino una de esas piezas llegó a manos del abuelo, que hasta hoy la conserva en su colección de antigüedades.

De niño me sentaba en su regazo y me la mostraba, mientras me contaba la leyenda de los tres guardianes. En ella mencionaba a la montaña roja, la cueva cantadora y el

lago resplandor, como la última morada de tres de estos seres. Mi favorito era Locarac, la bestia dentro de la caracola, maestra de las pociones, capaz de crear un elixir que cura cualquier enfermedad.

Yo veía cómo se le iluminaban los ojos al abuelo cuando hablaba de ese elixir. Le pedía jugar conmigo, que me acompañara en mis fantasías, donde atravesaba mil y una calamidades con tal de encontrarlo. Quería regalárselo, para que lo usara en la abuela y que por fin pudiera despertar. Antes de tener la edad para iniciar la aventura, la abuela murió.

Desde entonces el abuelo no volvió a ser igual.

# Bahorrina

La noche había llegado y la lluvia serena me arrullaba. Dormía profundamente, hasta que un ruido me despertó. Abro los ojos, sin querer hacerlo. En la oscuridad busco la fuente del sonido, no es constante. Lo vuelvo a oír, golpea la ventana. Me acerco despacio. ¡Ahí está de nuevo!, alguien lanza piedritas contra el cristal. Me asomo con cautela, entre gotas veo la silueta blanca de una mujer, sola bajo la lluvia.

Salgo de mi habitación, bajo la escalera y me dirijo a la entrada. Entreabro la puerta y me asomo por la rendija. La mujer no se acerca, se queda a media calle. Su larga cabellera, blanca y mojada, es lo único que cubre su piel desnuda. Toda ella brilla bajo la luz de la luna.

—¿Qué buscas aquí? Esta tienda tiene protección contra demonios y criaturas mágicas —digo tan alto como puedo sin gritar.

—Mi nombre es Luza, soy una de las ninfas del arroyo cristalino. —Su voz es clara y dulce, llega hasta mis oídos esquivando el ruido de la lluvia—. Necesitamos su ayuda, la fábrica está enfermando a mis hermanas —suplica.

—En este momento no puedo hacer nada y el encantamiento de la tienda no te dejará pasar. Regresa a tu hogar, prometo que mañana iré.

La ninfa no responde, asiente con la cabeza y se da la vuelta. La lluvia arrecia, ella se aleja y su silueta se disuelve en el agua torrencial.

Llega la mañana y tan pronto como sale el sol me dirijo al arroyo cristalino. Al llegar, veo que su nombre ya no coincide con su estado actual. Las piletas que alguna vez se llenaron de agua pura, ahora parecían estanques de bahrina. Me paro a la orilla y grito:

—Luza, traigo algo que las ayudará.

Una mano blanca sale del agua. Me acerco y le entrego un frasco. La mano se sumerge, sin decir palabra alguna.

—Lamento ver esto. Esta poción les ayudará a limpiar el agua, pero mientras la fábrica siga, solo será un remedio temporal. Me temo que tendrán que buscar un nuevo río.

Desde el centro del estanque comienzan a surgir miles de burbujas, se multiplican sin cesar, hasta que ocupan toda la superficie. Estallan unas tras otras, dejando agua cristalina en su lugar. Suspiro aliviado, la poción funcionó, no hay más que yo pueda hacer. Me doy la vuelta y desde mis espaldas escucho una decena de voces hablarme al unísono.

—Agradecemos tu ayuda, pero no dejaremos nuestro hogar. Destruiremos la fábrica y serán los humanos quienes tendrán que marcharse.

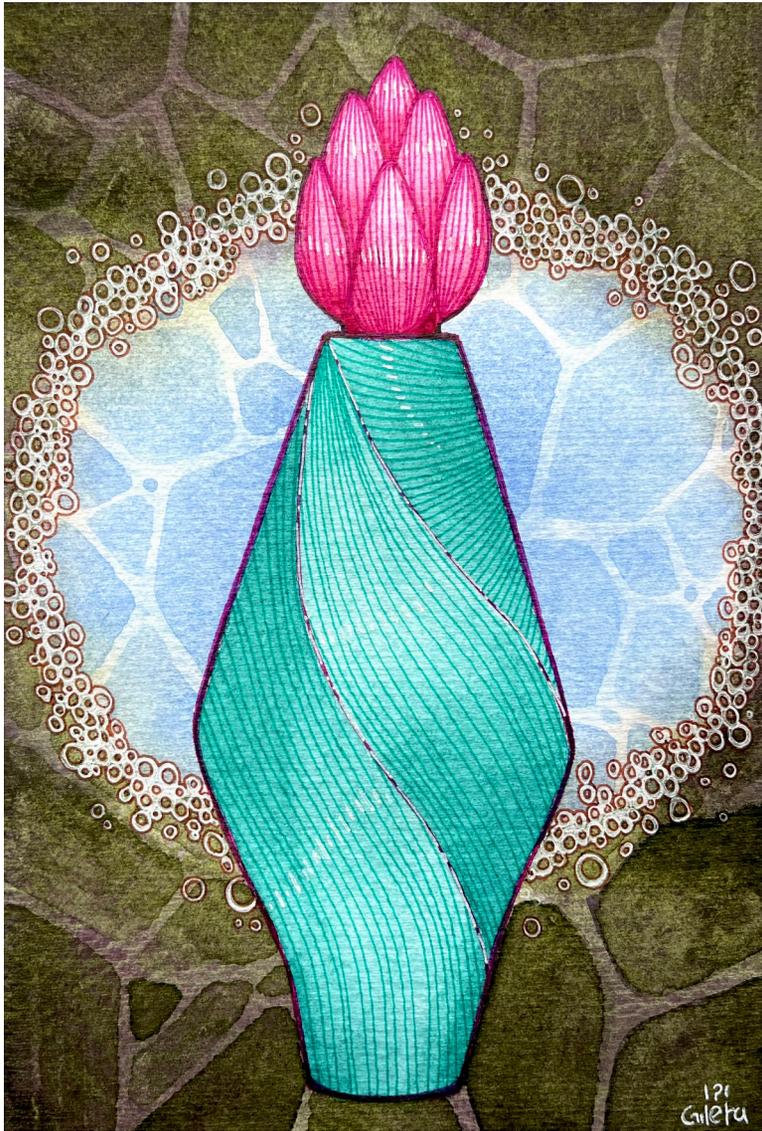
—No se irán sin pelear, ¿están dispuestas a iniciar una guerra?

—Es guerra o el olvido.

—Entiendo. Mañana les traeré más pócima. Que al menos sea una pelea justa —digo antes de marcharme.

Las ninfas no esperaron mi regreso, atacaron esa noche. La noticia del conflicto se esparció por todo el reino. Culminó cuando el rey mandó a construir la presa real.

Regresé cuando la disputa había terminado, solo para encontrarme con un arroyo seco, que alguna vez fue un hogar.



# Aqrabuamelu

Owl escucha la campanilla, alza la vista y ve a Fox cruzar la puerta. Se ve cansado, se nota en su caminar. Sus ropas están llenas de mugre y manchas de fluidos extraños.

—¿Día pesado? Se ve que has tenido mejores momentos.

—A mí también me da gusto verte, Owl. Cabalgué todo el día. Quería entregarte esto lo antes posible.

Fox descuelga el morral que lleva al hombro, lo coloca sobre el mostrador, suena pesado. Lo abre y un enorme agujón, tan grande como una cabeza, queda al descubierto. Owl despeja la encimera con un movimiento de su brazo. Coloca una charola frente a él, encima pone el botín. Lo manipula con cuidado y lo examina.

—Agujón de aqrabuamelu, ¿cierto?

—Así es. Lo traigo para que extraigas el veneno. Escuché que se vende bien.

—Estás en lo correcto, es un material muy valioso. Acertaste en traerlo lo antes posible, es sumamente delicado, en cuestión de horas se descompone. Este aún parece en buen estado.

Owl se excusa un momento. Baja a su estudio para buscar un recipiente para el veneno. Regresa con una botella en forma de escorpión. Le coloca un embudo y le pide a Fox que sostenga el aguijón encima, con el lado punzante hacia abajo.

—Será mejor que aguantes la respiración, el gas no es venenoso, pero vaya que huele mal —dice Owl, mientras saca dos varillas de cristal de un cajón del mostrador.

Fox parece confundido, pero ha aprendido a confiar en la palabra del viejo. Hunde la nariz en el hedor de su propia axila. Owl toma las varillas, con una levanta el recubrimiento que protege el punzón, con la otra presiona la base para estimular la liberación del veneno. Un chisquete sale disparado, atina al embudo y el líquido escurre hacia el interior de la botella. Durante los escasos instantes que el fluido está en contacto con el aire, se evapora en forma de un gas azul. Su olor es ácido, penetrante, tanto que incluso traspasa el refugio pestilente de Fox. Le lloran los ojos. Owl continúa ordeñando, hasta que no sale ni una gota más. Toma el aguijón de las manos de Fox, lo coloca de nuevo en la charola y lo hace a un lado. Finalmente pone el tapón al recipiente lleno.

—Listo, con eso bastará. Será mejor que ventilemos la tienda.

—¿Eso es todo?, ¿no le harás algo? Un hechizo o yo qué sé, magia para conservarlo.

Owl se ríe mientras abandona el mostrador.

—Tranquilo, ya está hecho. —Se dirige hacia las ventanas—. Todas las botellas y frascos están encantados. Sus diseños y decoraciones son especiales. Digamos que es algo así como un intercambio. —Las abre para dejar entrar aire limpio y que al mismo tiempo salgan los remanentes del asqueroso olor—. Para que una poción se mantenga fresca,



su contenedor debe ser bello, digno de llevar magia en su interior. Y frágil, un pequeño sacrificio que se paga por su poder. Quizá no te suene lógico, pero bajo esa equivalencia se rige nuestro oficio.

—Vaya, y yo que creía que solo eras un viejo excéntrico. Si todo está bajo control, es momento de marcharme. Necesito un baño.

—Opino lo mismo. —Le da una palmada en el hombro.

Fox camina por las calles, con un saquito de monedas de oro escondido en la bota. Paga una noche en el mejor hostel de la ciudad, con vino, cena, una bañera caliente y compañía.



# Hongo carmesí

**T**ermina de preparar el remedio y lo echa al maletín. Se despide del abuelo y sale tras la mujer. Pasa por calles que tenía años sin pisar, camina apresurado, trata de seguirle el ritmo a la señora Wasp.

Llegó a primera hora del día, preocupada por su hija menor. Mencionó que tenía días con un comportamiento extraño. Ya no jugaba como antes, no le gustaba salir a tomar el sol y las últimas dos noches la había encontrado durmiendo en el piso del recibidor. Pero esa mañana, lo que más la alarmó fue que al cepillar su cabello, encontró algo creciendo detrás de su oreja. Lo arrancó, dejó a la nena al cuidado de sus hermanos y fue lo más rápido que pudo a la tienda.

Entró casi corriendo, sacó un pañuelo y le mostró a Wren su contenido. Era un hongo carmesí.

El joven brujo le explicó que se trataba de un parásito, uno que se alimentaba de sangre mágica. Detectado a tiempo tenía solución, pero era importante removerlo lo antes posible.

La madre parecía aliviada y sorprendida. Había cura, pero, ¿por qué su hija había contraído un hongo así?

Llegan a una casa adosada, al final de un callejón empedrado. La señora abre y él entra detrás de ella. El recibidor se oscurece al cerrar la puerta. Los observa una niña, sentada en el primer peldaño de la escalera. La señora Wasp la toma en brazos y la nena recuesta la cabeza en su hombro. Su madre retira el cabello rubio para mostrar su oreja. Wren la examina y al terminar le hace una caricia en la mejilla.

—Muy bien, esto es lo que haremos. Deberá masajear las orejas de la niña con la poción. También pondrá una gotita dentro de sus oídos, día y noche, hasta terminar la botella.

—Muchas gracias, brujo Wren... —Desvía la mirada hacia su pequeña—. Quisiera comprender. Ninguno de los dos venimos de familias mágicas. No sé cómo le voy a explicar a mi esposo.

—No se preocupe demasiado. Seguramente alguno de sus antepasados fue brujo o hechicera. Con el paso de las generaciones la sangre se diluye y sólo algunos miembros presentan el don. Será mejor que mantenga a la niña separada de sus hermanos por unos días, quizá tenga algún otro afortunado.

—Como si no fuera suficiente con una —murmura sin querer—. ¡Gracias de nuevo, brujo! Tendré que buscar la manera de hacer entender a mi marido. —Sonríe amargamente.

—Si necesita ayuda para explicarle, puede llevarlo a la tienda. Mi abuelo podría contribuir con un poco de razón, o elixir de la verdad, para que despejen las dudas.

—Espero no sea necesario llegar a ese extremo. —Suspira.

—Antes de irme, quisiera sugerirle que inscriban a la niña en la academia de magia. Créame, lo va a necesitar. Su don es un privilegio. —Le sonrío.

Cierra la puerta al salir.



# Maraña

Le son tediosas las labores de limpieza. Quita el polvo de cada uno de los frascos, botellas y repisas. Barre con diligencia y mientras amontona la basura, su mente divaga. Ve una bola de cabello que le hace recordar el incidente del verano pasado, provocando en él una risa incontenible.

El abuelo lo escucha y pregunta:

—¿Por qué te ríes solo, muchacho?

—Recordé la vez que la señora Mouse vino a buscar un remedio para la calvicie.

La imagen llega a su memoria, le dibuja una enorme sonrisa en el rostro.

Cuando la señora Mouse los visitó, llegó buscando una posición que una amiga le había recomendado. Quería usarla en su esposo, para que recuperara la cabellera que tuvo en su juventud. El abuelo se la vendió sin ningún inconveniente y la instruyó diciéndole:

—Se activa con la luz, después de untarla tendrá que asolearse cinco minutos, no más.

Al llegar a casa, el señor Mouse, cansado de escuchar las súplicas de su mujer, accedió a usar el remedio. Como era usual, no le dio importancia a las indicaciones que ella una y otra vez le repitió. Simplemente quería que se callara, así que tomó la sustancia, se la untó en el cuero brillante y se echó al sol. Durmió plácidamente por casi una hora, soñando con sus días de gloria, antes de la esposa y los hijos.

—¡Viejo, viejo, despierta, viejo!

Abrió los ojos asustado, con los gritos de su mujer perforándole los tímpanos. Una maraña le bloqueaba la vista. Creyó que algo le había caído encima e intentó quitarlo, pero los firmes tirones solo le provocaron dolor. Los mechones estaban más que pegados a su cuero cabelludo. Al intentar pararse, tropezó. Su mujer lo ayudó a ponerse en pie, la cabellera era tan larga que hasta ella terminó enredada. Buscó unas tijeras, cortó tanto como pudo, pero el pelo no dejaba de crecer. Notaron que a la sombra el efecto disminuía, pero tan pronto la luz lo alcanzaba, la mata retomaba su vigor.

Poco antes de cerrar, la señora Mouse estaba de regreso, acompañada por su esposo hecho una bola de pelo. Los reclamos volaban por los aires.

—¡Es que nunca haces caso!

—¡¿Cómo te voy a hacer caso si todo el día fastidias con lo mismo?!

—Bien me lo decía mi mamá, “no te cases con él, se va a quedar pelón”.

—Y yo debí ver las señales. ¡Eres igual de enfadosa que tu madre!

Era una escena surreal. Cuando Wren y su abuelo pudieron intervenir, quitaron la gorra que la señora Mouse relató pertenecía a su hija menor. Se desahogó contando

lo sucedido, ensalzando la historia con las amarguras de su matrimonio. El señor Mouse se resignó en silencio.

Cuando el inconveniente se solucionó, ambos se marcharon tomados de la mano.



# Planta carnívora

**B**ajo como cualquier mañana, el abuelo bebe café y ojea el diario. Me acerco a la mesa, cuando estoy a su lado me pregunta:

—¿Ya leíste el periódico de hoy?

Su dedo apunta al encabezado de una nota: “Presunto ataque de vampiro. Es encontrado el cuerpo de Madame Fly”.

Sorprendido, pido el pliego para leer la noticia y tomo asiento a su lado. Al terminar la lectura, dejo caer las manos sobre la mesa, la hoja se dobla y me quedo mirando el cielo sereno que se asoma por la ventana. Lo medito unos instantes.

—¿Crees que haya sido por la poción?

—Es difícil saberlo, pero probablemente influyó — dice el abuelo antes de darle otro sorbo a su café.

La víctima era cliente recurrente de la tienda. Desde que enviudó se obsesionó con la idea de agradar a los hombres jóvenes. Comenzó con su peinado, lo usaba recogido y con grandes tocados que escondían su cabellera cana. Ajustó

sus corsés y cambió sus vestidos por unos menos señoriales que mostraran sus clavículas, pero, sobre todo, que redibujaran la forma de sus pechos caídos. Tras comprobar que aquello no era suficiente para llamar la atención de los muchachos, decidió recurrir a la magia.

De tiempo en tiempo, llegaba preguntando por algo que la volviera más delgada, más bella, más joven. Solíamos negar la existencia de poción alguna capaz de cumplir sus caprichos. Hay pócimas que no se venden a cualquiera. Fue tanta la insistencia, que el abuelo decidió romper un poco las reglas. Le advirtió que una gotita sería más que suficiente, que si perfumaba su cuello con esencia de planta carnívora, los hombres le prestarían más atención.

Siento un tirón que me regresa al presente, me quita la hoja de periódico de las manos y la coloca con el resto.

—Los vampiros no son fáciles de engañar; me pregunto, ¿qué cantidad habrá usado para volverse tan irresistible? —menciona el abuelo, más para él que para mí—. Los ancianos no figuramos en su dieta. —Da el último sorbo a su taza de café—. Es una lástima, era un caso curioso de observar.

Cierra el periódico, antes de pararse de la mesa y llevárselo con él.

# El secreto del convento

## Maniquí

Amaneció como cualquier otro día, y como una mecha encendida por el sol, los rumores no se demoraron en llegar. “Hay un muerto en el callejón”.

El repartidor de periódico le dijo al abuelo que se trataba de un joven. Cuando Wren fue por pan, escuchó a alguien decir que había caído de un lugar muy alto. Antes del mediodía, se supo que el cuerpo pertenecía al hijo de la señora Goat. En la comida, todos hablaron sobre el caso, y el misterioso descubrimiento de un maniquí destrozado.

Cerca del atardecer, una pareja de investigadores acudió a la tienda.

El primero preguntó sobre las pociones de amor. El abuelo les mostró las que había en existencia. Las revisaron todas, poniendo especial atención al diseño de las botellas.

—Ninguna se parece a la que encontramos —dijo el segundo investigador.

El primero sacó de su bolsillo un pañuelo, que envolvía un frasquito rojo.

—¿Ustedes hicieron esta poción?

—La botella no me es familiar —respondió el abuelo.

—¿Sabe quién la fabricó? —alternó el segundo.

—A simple vista es difícil saberlo. Si me permite...

—Extendió la mano y movió los dedos.

El primero entregó la botella. El abuelo la tomó, no tenía tapa, la colocó frente a su rostro a dos palmos de distancia, con su mano abanicó sobre la boquilla dirigiendo el aire hacia su nariz, inspiró y cerró los ojos.

—Puedo detectar flor de alizarin, raíz de roblemus y ámbar rojo.

—¿Eso qué significa? —el segundo preguntó impaciente.

—El único lugar que conozco donde podrían encontrar esos ingredientes, además de nuestra tienda, es el convento.

—Las monjas tienen mucho que explicar. Sospechamos que desde una de sus ventanas cayó el muchacho —mencionó por último el primer investigador.



# Monja

Como es usual cuando muere alguien joven, se recuerdan sus virtudes y se omiten los males que causó.

La víctima: masculino, 27 años, 1.82 m, 86 kg, atlético, moreno claro, cabello corto y negro, ojos verdes, inteligente, con metas y sueños, si acaso un poco coqueto, lo normal para un hombre de su edad.

Los investigadores se preguntaban de qué manera está relacionada una muerte por caída, un maniquí y una poción de amor.

Su pasatiempo consistía en introducir a las jovencitas del reino a las artes del amor. Las palabras responsabilidad y empatía no le eran conocidas, desafortunadamente una joven monja por las malas lo aprendió. Por él rompió sus votos, quedó destrozada cuando la dejó. Con la esperanza de remediarlo, tomó los ingredientes en secreto y fabricó una pócima potente. Siendo apenas una aprendiz de herbolaria y alquimia, omitió el ingrediente más importante, algo de su pertenencia, para que él solo se fijara en ella y en nadie más.

Una vez terminó con el menjurje, a sus aposentos lo invitó. Lo enmascaró como un afrodisiaco, entre risas y miradas se lo dio a beber. En sus sábanas trató de retenerlo, desconocía en cuánto tiempo haría efecto el elixir. Satisfecho, el joven insistió en marcharse, como un favor para su amiga en la cama, que lo quería de la manera incorrecta, más allá del deseo y la pasión.

De noche y a hurtadillas, en su trayecto de salida, escuchó a unas hermanas acercarse. Entró al salón de costura y al cerrar la puerta, sintió un fuerte mareo.



En ese momento el brebaje hizo reacción. Pegó duro, tan duro que acabó en el suelo.

Al levantar la mirada, lo primero que vio fue a un maniquí, esbelto, de piernas largas, superficie suave, delicados dedos, miraba por la ventana abierta y la luz de las estrellas contorneaba su figura. No pudo resistir acercarse, quería tocarla, ver sus ojos, besar sus labios, acariciar su cabeza lisa. Deseaba amarla, amarla con locura y que ella le correspondiera. Se interpuso entre ella y la ventana, e intentó de todo para enamorarla, pero sus palabras y caricias nunca recibieron respuesta. Al tacto era fría y sus ojos parecían verlo todo, todo menos a él.

Desconsolado, la tomó entre sus brazos y prefirió arrojarla al vacío, antes que continuar sufriendo su indiferencia.

# Retrato maldito

No era común que pasara, pero de vez en cuando me preguntaba sobre mi padre. Ocurría frente al espejo, cuando recordaba los comentarios furtivos de la gente: “Se parece mucho a él”. Me daba curiosidad saber si era verdad, si realmente teníamos el mismo cabello, los mismos ojos, la misma piel. No tenía forma de comprobarlo, en casa no existía ninguna imagen.

En una ocasión le pregunté al abuelo, me dijo que si realmente quería conocerlo, le dijera a mi madre. Ella llevaba el último retrato colgando de su cuello, oculto en un dije maldito, junto a un hechizo para que él nunca la volviera a encontrar.

*Que un rayo de sol te deslumbre  
y la belleza lunar te distraiga.  
Que la noche en su manto me oculte  
y de día tus sentidos no valgan.  
Que de mí solo exista el recuerdo,  
por siempre invisible a tu mirada.*

Mi madre solía recitarlo para arrullarme, como un poema antes de dormir.

Nunca me animé a preguntar por el retrato. Probablemente deshacerse de él también era su deseo, pero llevarlo consigo es la penitencia que se paga por un hechizo así.

Durante casi dos décadas, ella no volvió a verlo.

Y él jamás se enteró de mí.



# Ave de rapiña

**E**ntra por la puerta que conoce desde la infancia. Nada ha cambiado en el interior. Su abuelo está en el lugar de siempre. Cruzan miradas, pero no intercambian palabras. Él espera, mientras Owl se acerca a la escalera y grita:

—¡Wren, te buscan!

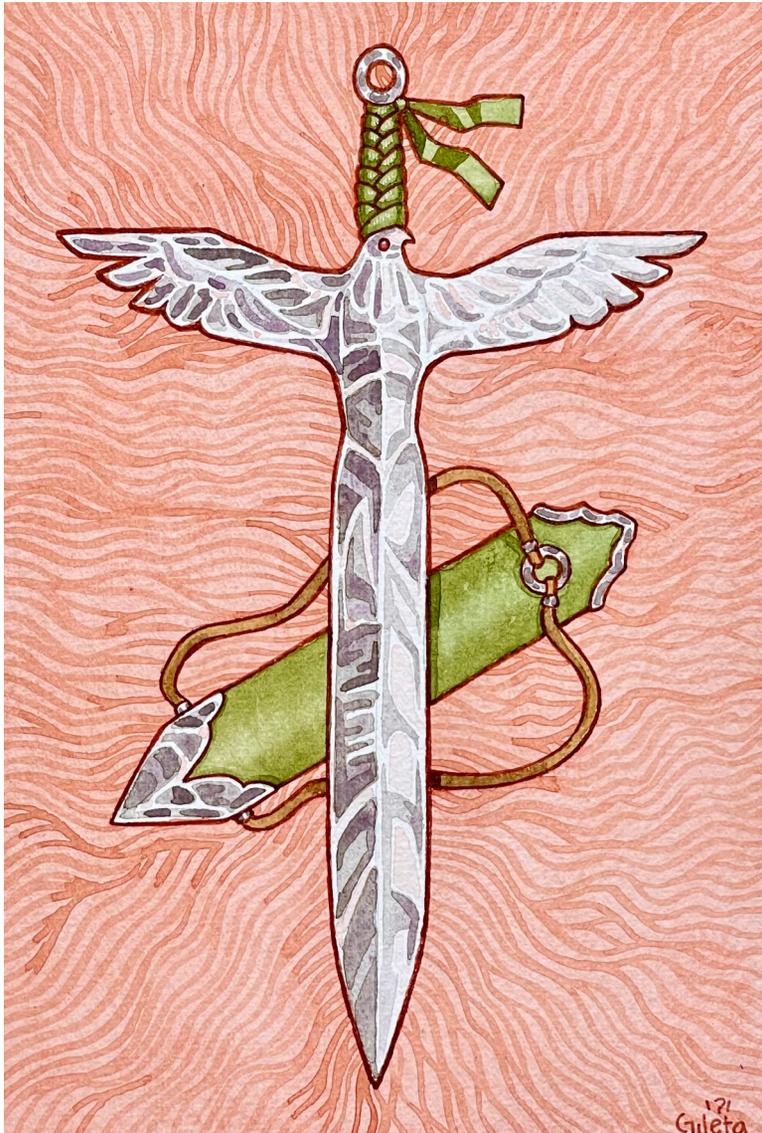
Su hermano baja de prisa, casi corriendo. Se le ilumina el rostro cuando lo ve. Se acerca con los brazos abiertos. Él lo recibe con un abrazo que lo levanta del suelo. Al bajarlo, Wren pregunta:

—¿Qué llevas en la espalda?

—Vamos a la azotea, te mostraré.

Kite sigue a su hermano. Al pasar al lado del mostrador saluda a su abuelo con un gesto de cabeza, Owl responde igual. Suben a la habitación de Wren y salen por una de las ventanas.

Desde afuera, Kite ayuda a su hermano a subir un piso adicional. Le advierte que tenga cuidado con las tejas. Sube tras de él. Llegan a una zona plana, su escondite cuando era adolescente.



Kite desenvaina una espada, grande y maciza. Necesita ambos brazos para manejarla. La apoya en el techo y recita unas palabras. Sobre la empuñadura emergen dos alas metálicas. La levanta sin esfuerzo, con una sola mano. Hace poses de combate, con la soltura que no se esperaría de un arma así.

—Increíble, ¿no crees? —dice con orgullo.

Wren observa fascinado.

—Me la dieron por mi sangre. Se vuelve ligera en combate, solo los brujos la podemos activar —explica mientras la guarda nuevamente en su funda.

—Parece que te consienten. Más te vale ser bueno, no quiero que me hagan burla por ser tu hermano —dice con una sonrisa pícaro.

—No soy bueno, soy el mejor. —Flexiona los brazos para mostrar sus músculos.

—Uuhhhgggg. —Voltea los ojos.

Ambos ríen. Eventualmente llega el silencio.

—Wren, de hecho, de eso quiero hablarte. Es probable que no te pueda ver en un tiempo. Me asignaron una misión y no estoy seguro cuándo volveré. Necesito que te cuides, también al abuelo.

Wren asiente con la cabeza, no le parece correcto, deja de hacerse el duro. Lo abraza, tan fuerte como puede, entre lágrimas le desea buena suerte.

Al bajar, Kite le pide al abuelo un momento. Salen para hablar. Le cuenta a detalle la situación, se avecina una guerra. Teme dejar solo a Wren. Le pide al viejo que lo cuide, promete regresar.

—No le hagas promesas que no sabes si podrás cumplir —es lo último que le dice su abuelo antes de regresar a la tienda.

# La campanilla

## Tripofobia

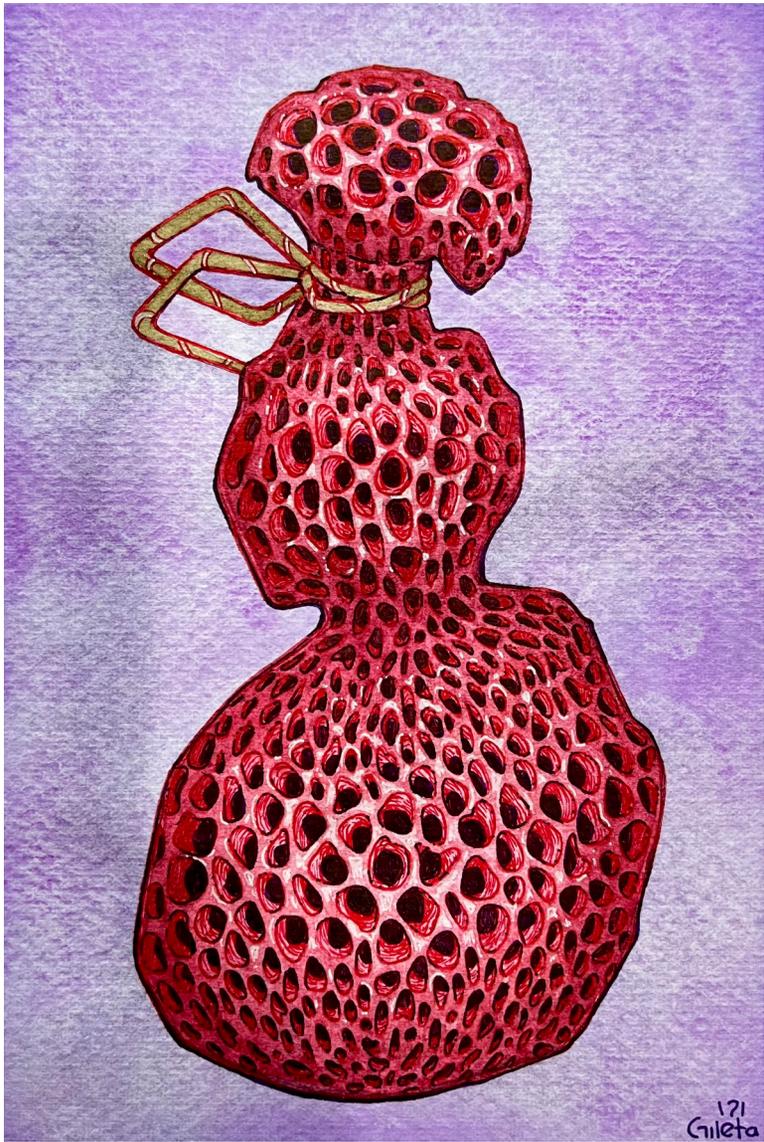
Comienza a oscurecer y sobre el piso de la tienda descansa un joven con el torso desnudo. Sus dos acompañantes esperan a que recobre el conocimiento. La angustia está presente en sus rostros. Los tres tienen facciones similares, seguramente son familia, es probable que sean hermanos. A juzgar por sus rasgos, el joven herido es el menor.

La campanilla de la puerta dio inicio a una tarde sumamente agitada.

Al llegar su estado era alarmante. Tenía ambos brazos destrozados, como si alguien le hubiera arrancado trozos de piel y carne. En algunas partes incluso se veía el hueso.

—¿Qué le pasó?! —preguntó el abuelo al verlos cargando el cuerpo.

Uno le contestó entre jadeos.



—Tuvimos un enfrentamiento con una bruja, la muy desgraciada invocó a un demonio come carne.

El abuelo me pide que quite el mantel de la mesa y lo ponga en el suelo.

—Era su primera misión —comentó el otro, mientras recostaban al muchacho sobre la tela blanca con remates de encaje.

El abuelo tomó un frasco que me revolvió el estómago al verlo. Lo agitó sobre las heridas y un polvillo comenzó a cubrir la carne expuesta. El sonajeo producido por el contenedor acompañaba las palabras en un hechizo antiguo.

Era difícil saber si el muchacho estaba consciente o no. A veces gemía y otras gritaba de dolor.

Cuando terminó el abuelo, se acercó a los hermanos.

—De momento es todo lo que puedo hacer, las heridas demoníacas son difíciles de tratar. La poción prevendrá infecciones y reconstruirá sus tejidos. Será mejor que consigan un carruaje que pueda transportarlo con cuidado. Necesitará reposar por un tiempo.

Ha oscurecido por completo. Después de una larga espera, se escucha llegar una carroza. Entre los cuatro cargamos al muchacho; una vez arriba, el semblante de los guerreros se tranquiliza. Aseguran que pagarán la deuda.

# Quimera

En cucullas, cuento los frascos del anaquel inferior. Doy la espalda a la entrada principal. Como es costumbre al hacer inventario, reviso los lugares que el abuelo ya no alcanza.

—Buenas tardes.

La voz desconocida me toma por sorpresa, me hace perder el equilibrio y caigo de sentón, a los pies de un cliente. Al levantar la vista, veo a un hombre detrás de mí.

—Buenas tardes —responde el abuelo.

El joven me ayuda a levantarme. Me quito de en medio tan pronto estoy de pie.

—Mi nombre es Krait. Soy el hermano mayor de Skink, el guerrero al que ayudaron a recuperar el brazo. Vengo a saldar la deuda pendiente.

Desde un costado del mostrador lo observo. Me levantó como si no pesara nada. Aún siento su agarre en mi brazo. Debí estar muy distraído, no escuché la campanilla cuando entró. Me quedo callado, dejo al abuelo hablar.

—¿Qué tal?, ¿cómo sigue tu hermano?

—Continúa en reposo. Recuperó casi por completo el movimiento del brazo, todo gracias a sus cuidados. Más allá de las cicatrices, todo parece ir bien. Pronto podrá volver a pelear.

Sus ojos son verdes, barba y cabello negros. Descansa las manos en puño sobre el mostrador. Sus brazos son gruesos, combinan con su voz.

—Nos alegra escuchar eso. Que no se sobreexija —dice el abuelo y me mira.

Krait lo imita y nuestros ojos se encuentran. Sonrío apenado, no le puedo sostener la mirada.

—Mis hermanos mencionaron que tienen un repertorio amplio de pociones y objetos mágicos. Busco algo que nos ayude a cazar a la bruja. Sus demonios son un problema. No sienten dolor, son como bolas de carne, con garras y dientes. El abuelo piensa. Conoce esa magia, oscura y prohibida.

—Será difícil, pero tengo algo que podría funcionar. Espera un momento. —Se dirige a su estudio.

Nos quedamos parados, en silencio. El tiempo parece eterno. Finalmente me pregunta:

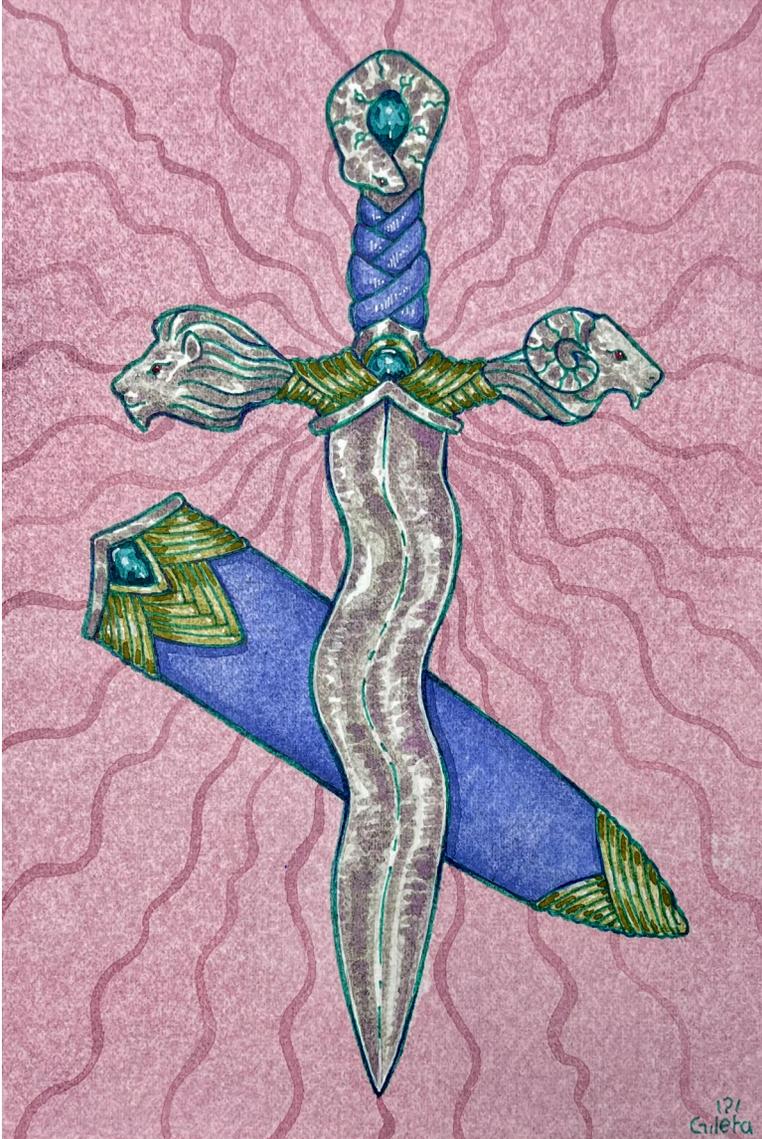
—¿También eres brujo?

—Sí...

—¡Aquí está! —El abuelo regresa con una daga en las manos—. Está impregnada con veneno de quimera. Corroe los nexos mágicos. Apuñala a los demonios con esto y perderán su conexión con la bruja y desaparecerán. Si logran herirla a ella, inhibirá sus habilidades de invocación. El resto será tarea de ustedes.

—¡Excelente! La desgraciada lamentará cada uno de sus males.

El guerrero paga. Antes de marcharse se despide, con un gesto de cabeza para el abuelo y una sonrisa para mí.



# Trampa

Me encuentro solo en la tienda. No hay mucho que hacer, he terminado los pendientes. Me recuesto con ambos brazos sobre el mostrador. Cierro los ojos para descansar la vista, si algún cliente llega escucharé la campanilla de la puerta.

—Así que durmiendo en el trabajo.

Me levanto de un sobresalto. Es Krait, de pie frente a mí. Se ríe de mi reacción.

—¡No! Solo descansaba los ojos.

—Está bien, no te preocupes. No le diré a tu abuelo.

Me sonrojo, siento las mejillas calientes. Agacho la cabeza y finjo buscar algo detrás del mostrador.

—¿Necesitas ayuda con algo? —Trato de sonar calmado.

—No realmente. Solo vengo a ver qué novedades tienen.

Él comienza a merodear por la tienda. Se detiene frente a un mueble de madera. Algo en la cima llamó su atención.

—¿Qué es eso? —me pregunta con ojos curiosos.

No espera mi respuesta, extiende los brazos para tomar el extraño recipiente.

—¡Con cuidado! Es una poción trampa.

—Tranquilo —dice en tono burlón.

—No la vayas a abrir, no querrás quedar atrapado adentro.

—Interesante. ¿Cómo funciona?

—Al abrirla succiona todos los espíritus molestos que haya a su alrededor.



—Qué conveniente. Me la llevaré. Aunque creo que me acabas de llamar “molesto”.

—¡No, no fue lo que quise decir!

Siento que la sangre me hierve y me pinta el rostro, esta vez no hay manera de ocultarlo.

Me dedica una enorme sonrisa. Paga por la poción y me dice:

—Volveré pronto. Trata de no sonrojarte tanto la próxima vez.

# Limerencia

¿Acaso no se cansaría? Se la pasaba todo el día dando vueltas por mi cabeza. No lo podía evitar, era molesto. Apenas lograba pensar en algo diferente y se las arreglaba para regresar. Al mismo tiempo me gustaba, nunca antes me había sentido así.

Me encantaba la manera en que se sonrojaba. Cuando me veía con sus grandes ojos negros, se me dibujaba una sonrisa en el rostro. Fantaseaba con la idea de acercarme y acariciar su cabello, enredando sus mechones con mis dedos.

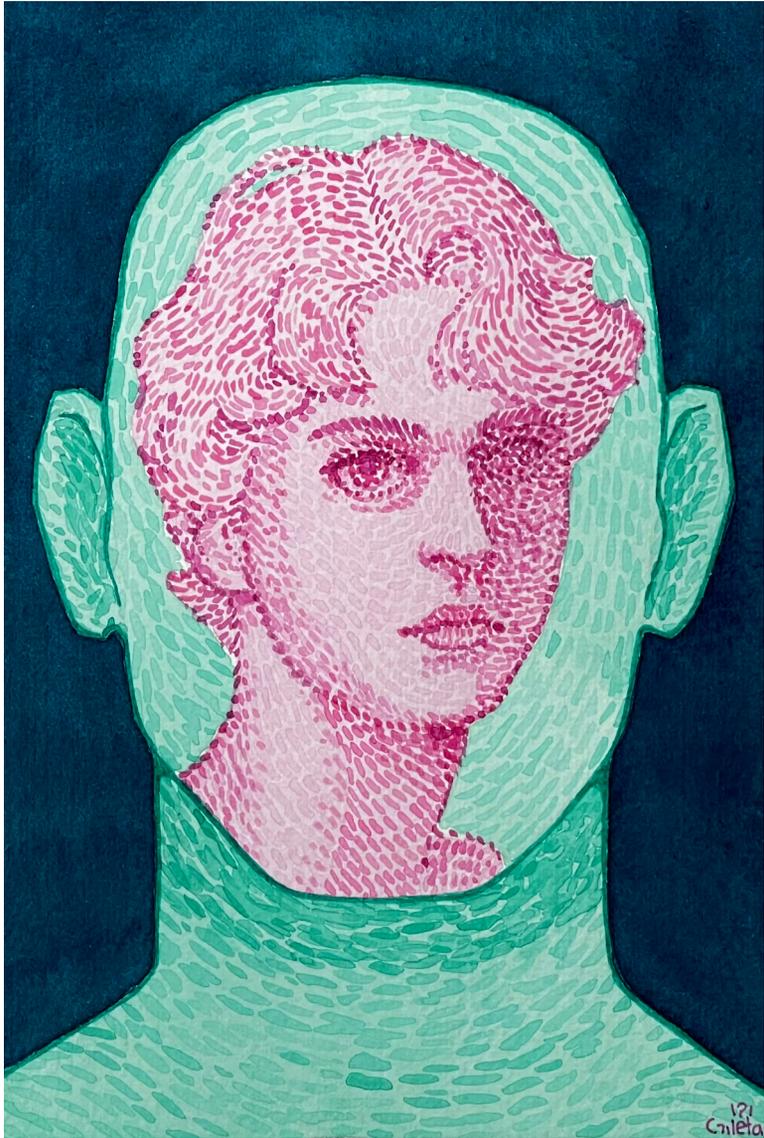
Habían pasado semanas desde que nos conocimos. Agradecía al destino, todo lo ocurrido me llevó a ese momento, cuando cayó de espaldas a mis pies. Desde entonces buscaba excusas para verlo. No sabía ya cuántas pociones había comprado sin necesitarlas. Me preguntaba si se habría dado cuenta, si mi cara de tonto no me había delatado.

Necesitaba recuperar la cordura. Mis hermanos me echaban en cara la falta de concentración, ya era un problema en batalla. No podía seguir así, el momento había llegado. Tenía que decirle y saber si de alguna forma él se sentía igual. Pensaba en todos los escenarios posibles. Me tranquilizaba saber que en el peor de los casos, seguramente tendría alguna pócima para superar una desilusión así. En el mejor, bueno, podríamos empezar a escribir nuestra historia juntos.

Me encuentro de pie, frente a la entrada de la tienda. Respiro profundo, tomo valor, giro la perilla y entro.

Mi corazón palpita tan fuerte que lo siento en los oídos. Lo veo, haciendo anotaciones detrás del mostrador. Levanta el rostro y nuestras miradas se encuentran. Me sonrío.

—¡Krait, qué sorpresa! Es la primera vez que te escucho llegar.



*La tienda de pociones*, de Francisco Gileta, fue editado en la Dirección General de Publicaciones de la Universidad de Colima, avenida Universidad 333, Colima, Colima, México, [www.ucol.mx](http://www.ucol.mx). La edición se terminó en abril de 2025. En la composición tipográfica se utilizó la familia Georgia. El tamaño del libro es de 21 cm de alto por 14 cm de ancho. Programa Editorial No Periódico: Eréndira Cortés Ventura. Gestión Administrativa: María Inés Sandoval Venegas. Diseño de portada: Adriana Minerva Vázquez Chávez. Diseño de interiores y cuidado de la edición: Miguel Ángel León Govea.

En un reino remoto, donde la magia se entrelaza con el destino de sus habitantes, Wren, un joven aprendiz de brujo, hereda la responsabilidad de cuidar *La tienda de pociones* de su familia. Un recinto misterioso, repleto de frascos, menjurjes y pócimas con el poder de sanar... o maldecir.

Guiado por la sabiduría de su abuelo, se enfrentará a un mundo de enigmas ancestrales, artefactos con fuerzas ocultas y criaturas misteriosas que acechan en las sombras. Su moral se pondrá a prueba ante dilemas inquietantes: ¿debería vender una poción de amor a quien anhela ser objeto del deseo?, ¿es correcto aceptar el olvido por miedo a encarar el pasado?, ¿hasta dónde debe llegar su lealtad cuando la magia puede salvar vidas?

Entre hechizos y secretos, Wren descubrirá las distintas caras de la naturaleza humana y aprenderá lecciones que ningún libro de magia podría contener. Afrontará el peso de su legado familiar y vivirá emociones que jamás imaginó: el miedo, la pérdida... y el primer amor.



Francisco Gileta es un autor e ilustrador originario de Colima. Nacido en 1996, desde muy pequeño se interesó por el dibujo y la fantasía. Estudió diseño industrial y posteriormente una maestría en arquitectura en la Universidad de Colima. Esto, al igual que su amor por la naturaleza, ha influenciado su obra artística y narrativa.

Sus mágicas acuarelas acompañan al público lector a través de sus cuentos y relatos.

ISBN: 978-607-8984-78-7



UNIVERSIDAD DE COLIMA